

BOLSILIBROS
BRUGUERA

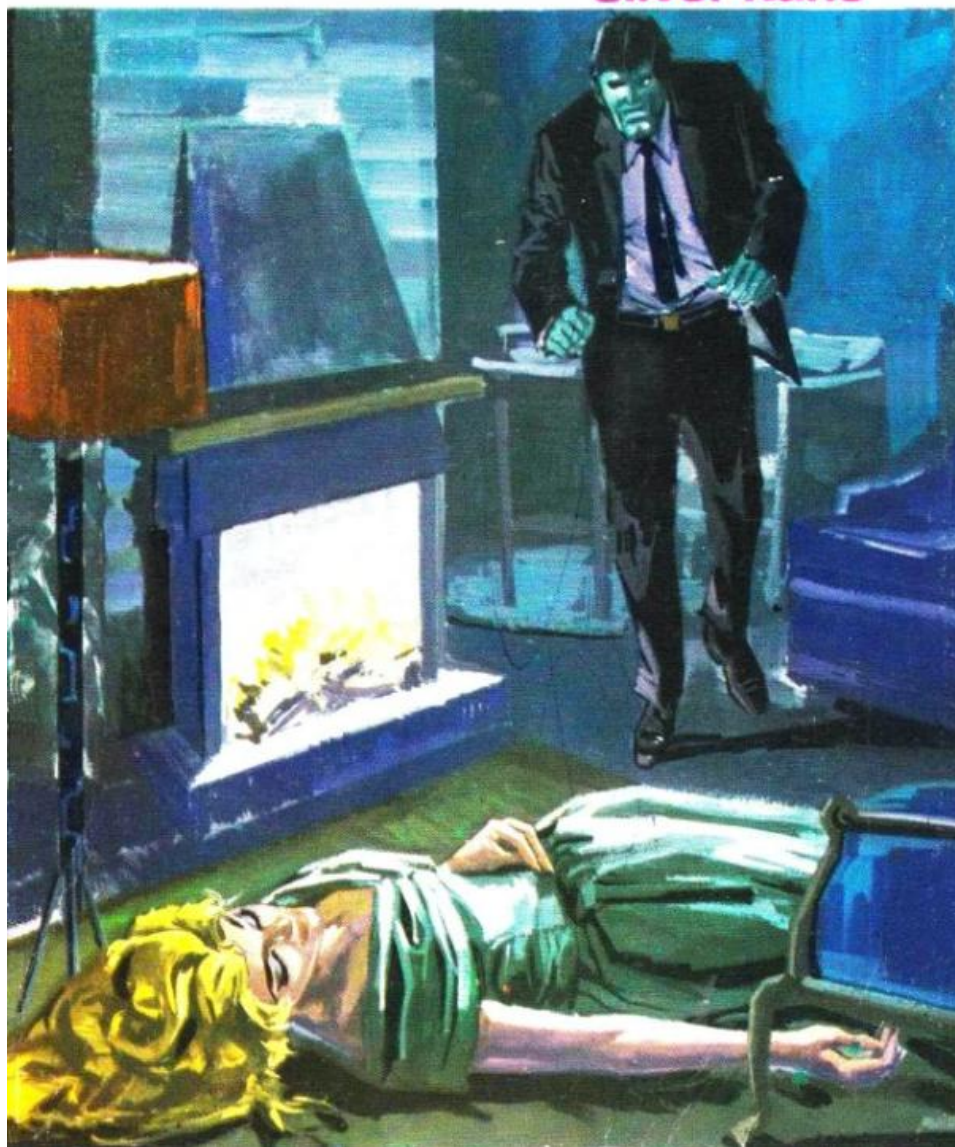
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

los crímenes del difunto

silver kane





SS **SERVICIO SECRETO**



SILVER KANE

**LOS CRIMENES
DEL DIFUNTO**

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1044

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES

EDITORIAL ERUGUERA, S. A.

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS ·
MÉXICO · RIO DE JANEIRO**

Depósito legal B 24.377-1970

Impreso en España -Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1970

© SILVER KANE-1970

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA-1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPITULO PRIMERO

Me había prometido a mí mismo no hablar jamás de eso.

Quería olvidarlo como se olvidan tantas cosas; deseaba dejarlo como un recuerdo más de esos que uno va dejando en el fondo de su vida pasada. No hablar más de ello. No poner incluso más los pies en Nueva Orleans.

Pero esta tarde me ha llamado mi editor. O más bien uno de los altos empleados de mi editor, pues éste no va a molestarse en hablar conmigo. Me ha soltado:

—Silver, el mes pasado cobró usted una novela.

—Sí.

—No la ha entregado aún.

—No.

—Debe entregarla inmediatamente. La estamos esperando. Hay una pequeña campaña publicitaria (entre nosotros, usted no merece más que una campaña así de pequeñita), para su lanzamiento. Debe darse prisa. Comprenda que tenemos nuestros programas y nuestros planes. Los intereses de unas cuantas personas dependen de la formalidad de usted.

Tenían razón.

En la vida moderna, los engranajes nos pillan a todos. El editor con el que estaba ahora trabajando, era generoso. Se había portado bien conmigo; me había ayudado. No podía entorpecer su programa negándome a trabajar en una cosa que además tenía ya cobrada.

Prometí que enviaría en seguida el original y colgué.

Recuerdo que era temprano.

¿Las cuatro? ¿Las cinco?

No tiene importancia. Lo digo porque recuerdo la luz de aquella tarde. El sol daba sobre las copas de los árboles de Central Park. Yo tengo ahora un pequeño despacho que da sobre Central Park. El sitio siempre me gustó. Soy un idiota. Lo soy porque me enredé financieramente para poder trabajar en ese sitio, cuando hay otros mucho más baratos. Precisamente el anticipo que había pedido se debía a la necesidad de amueblar un poco el nuevo local. Y ahora estaba atrapado.

Sin dinero para poder pasar unos días sin trabajar. Y en cambio con la necesidad imperiosa de entregar una novela.

Miré a través de la ventana el trajín de la Séptima Avenida, contemplé la blanca estructura del «Sheraton» y al fin terminé perdiendo la mirada en las copas de los árboles. Tenía que entregar en seguida una novela. ¿Pero una novela sobre qué...?

Tenía el cerebro vacío.

Usted no puede imaginarse lo que es eso, claro.

No se lo deseo tampoco.

Es peor que tener los bolsillos vacíos.

Es como si o uno no le quedara nada dentro. Nada, ni un pensamiento, ni una idea. Es como si se vieran ¡as cosas al revés. Y eso produce un cansancio terrible, difícil de explicar. A veces hasta le tiemblan a uno las piernas.

Bueno, pues eso era lo que me ocurría entonces.

Debía terminar cuanto antes una novela y tenía la sensación de que en el mundo no hay absolutamente nada que narrar.

¡Con tantas cosas que ocurren!

¡Con tantas cosas que me habían ocurrido a mí mismo!

Decidí dar un paseo porque tal vez así se calmarían mis nervios. Porque tal vez así daría con alguna idea.

Central Park estaba muy animado a esa hora de la tarde. De esta tarde concretamente. Pero hablo en tiempo pasado porque así me expreso mejor. Lo malo es que todos los que paseaban por allí eran gente «in». Ricachones que daban una vuelta a caballo. Hijos de papá que hablaban a voces de los cubicajes de sus coches. Cincuentones con barriga que estaban sentados bajo el sol de la primavera y apuntaban las cotizaciones más interesantes del día en el inevitable ejemplar del *Wall Street Journal*.

Descendí por la Séptima hasta la altura del hotel Victoria.

Nada. No lograba ligar una idea. Y es que en realidad nada me interesaba. Sólo los recuerdos me dominaban. Pero los recuerdos... ¿por qué?

Me llevé una mano a los ojos.

¡Maldita sea! ¡Si uno pudiera olvidar!

Pero recordaba lo que sucedió en Nueva Orleáns pocos meses antes. Y lo que sucedió en Omaha. Y lo que sucedió dentro de mí mismo. Para calmar mis nervios me hubiera puesto a lanzar imprecaciones en voz alta.

Un guardia me advirtió:

—¡Cuidado!

—¿Qué pasa?

—¿No ha visto que iba a cruzar con luz roja?

—Es verdad. Perdone.

—Hala, circule.

Me dirigí de nuevo a Central Park. La ciudad iba oscureciendo rápidamente, y aquí y allá se encendían algunos anuncios de neón. Times Square ya brillaba como una antorcha. Nueva York es una ciudad cien por cien publicitaria, una ciudad donde nada tiene valor si no se anuncia masivamente. Yo, que he vivido tanto tiempo en ella, la quiero y la aborrezco. Por eso me gusta la zona de Central Park; porque tengo la sensación de vivir en una ciudad distinta.

Cuando me encerré en mi despacho de nuevo, no tenía la menor idea acerca de lo que debía escribir.

Y entonces lo pensé.

¿Por qué no contarle?

Los periódicos habían hablado en gran parte de ello. Los detalles eran conocidos por el público, pero sólo yo sabía la verdad. *La verdad*. Entonces, ¿por qué no contarla? ¿Sólo porque me hacía daño a mí mismo?

Sí. Porque me hacía daño a mí mismo.

Había prometido no recordar más aquello. No hablar de eso a nadie.

Pero era el único tema de que disponía y además, ¿no me liberaría a mí mismo contándolo todo? ¿No me quitaría aquella obsesión? ¿No sería beneficioso el arrancarme aquello de encima, como el pecador que se arranca su culpa al confesarlo?

Entonces me senté ante la máquina y me puse a escribir.

No era difícil para mí. Las ideas salían claras. Al fin y al cabo estaba narrando algo que ya había sucedido.

Comenzó en Nueva Orleáns, hace muy poco. Comenzó cuando...

He sentido la tentación de pararme.

Pero no puede ser. Ya he empezado. Seguro que el editor volverá a llamar mañana. Maldita sea, ya soy como un carro cuesta abajo. Maldita sea, ya no me puedo parar.

CAPITULO II

Debía estar escrito que en tres días distintos yo iba a conocer a tres mujeres capaces de marear al más templado de los hombres. Capaces de marear incluso a un tipo tan templado como yo, que me he hecho el firme propósito de no mirar a las mujeres porque todas las que miro acaban dándome de bofetadas, como les ocurre siempre a los protagonistas de mis novelas.

Las tres mujeres, además, eran las más extrañas que yo había conocido en mi vida.

Las tres eran diabólicamente bellas y estaban relacionadas con tres crímenes distintos.

Necesito hablar de las tres. Lo necesito porque hay cosas que uno tiene que escribir a la fuerza, porque hay recuerdos que no se pueden guardar so pena de que le acaben devorando a uno. Hablaré de las tres por separado, empezando por la que conocí primero. Esta era una negra y su historia, que empieza en un garito de Nueva Orleans, podría titularse:

EL EXTRAÑO CRIMEN DE NORMA LANE

Debo decir ante todo, que a mí no me gustan las negras.

Bueno... Me gustaron más las blancas.

La última que traté la conocí en una habitación que estaba completamente a oscuras, una habitación cuyas luces habían estropeado adrede dos de mis amigos para gastarme una broma. Como era de noche, no penetraba por las ventanas ninguna claridad. Me dijeron que allí me estaba aguardando desde hacía mucho rato una chica muy mona que me había enviado su foto días antes y que se ofrecía para pasar mis novelas desde el magnetofón a la máquina. Entré, le dije que no necesitaba sus servicios, le rogué que esperásemos a que viniera la luz y mientras, empezamos a charlar de libros. Al cabo de unos momentos de oír su voz dulce y pastosa, por poco me le declaro. Me la imaginaba además, frente a mí, quieta, con las piernecitas cruzadas y la falda más arriba de las rodillas, tal como venía en la foto. Con aquella oscuridad yo me sentía tierno. Y de pronto mis amigos encendieron la luz y vi que tenía enfrente a una negra a la que sólo faltaba el aro a las aletas de la nariz. Las risas que me dedicaron todavía las estoy oyendo.

Desde entonces las negras me gustan menos. Bueno, a ratos.

Además, a algunas les suele oler fuertemente la piel.

Pero ésta era distinta.

Esta no tendría más de veinte años, se hallaba sentada sobre la tapa de una pianola y echaba el cuerpo hacia atrás, sosteniéndose una rodilla con las dos manos enlazadas y balanceando la otra pierna.

Iba descalza, lo que no suele favorecer mucho a las mujeres, pero ya he dicho que en ésta todo era distinto.

Latía en ella como una palpitación salvaje.

Se movía con esa especie de fatalismo con que debieron moverse sus antepasados cuando llegaron a Nueva Orleáns como esclavos en los galeones. Sin embargo, todo en ella vibraba, tenía fuerza, sangre, poder. Era una de esas mujeres elásticas y flexibles que nunca acaban de ser dominadas por un hombre. En cada uno de sus movimientos perezosos latía la fuerza de una tigresa en acecho.

Llevaba un vestido amarillo limón.

No sé si ustedes se habían fijado en lo que puede hacer un vestido amarillo limón sobre una piel oscura. La realza, le da vida, la dota de un movimiento inquietante y secreto. En ella, el ceñido vestido amarillo parecía recoger cada vibración misteriosa de la piel.

Cuando yo entré en aquel garito del barrio francés de Nueva Orleáns, uno de los más misteriosos de una ciudad misteriosa, llevaba muy pocos dólares en el bolsillo. Mi editor en lengua inglesa acababa de declararse en quiebra, y según él, era a causa de que en diez años no había vendido más que tres ejemplares de mis novelas. En consecuencia se había negado a pagarme todo lo que me debía. Y yo había llegado a Nueva Orleáns con la intención de entrevistarme con Paybody, un editor del Sur, que había prometido publicar alguna de mis novelas del Oeste y hacerme una liquidación honrada por lo menos una vez al siglo.

Quería, además, ver Nueva Orleáns, pues sólo la conocía superficialmente.

Y al entrar en aquel garito cercano a Boston Street vi a la negra.

Estaba cantando no sé qué. En realidad no cantaba para el público sino para sí misma. Sentada sobre la tapa de la abandonada pianola, tarareaba sin música una canción. Algunos hombres la miraban, pero ella se encontraba completamente abstraída en sí misma. Diríase que lo que estaba cantando era algo así como un himno religioso. Algo que tenía que infundir respeto.

Me detuve y la contemplé.

Sobre el tabladillo del garito, seis bailarinas blancas interpretaban un baile francés que siempre me ha vuelto loco.

Pero yo no las miraba a pesar de todo. Yo sólo tenía ojos y oídos para aquella negra.

Estaba allí, rodeada de gente, de voces, de música, y, sin embargo, parecía tan lejana como si se encontrase en una isla desierta al otro lado del mundo.

Alguien se dio cuenta de que yo la miraba.

Ese alguien era Monty, uno de los columnistas del *Tabloid*.

No era casualidad que Monty se encontrase allí. Monty dedicaba casi

siempre sus columnas a los bajos fondos de Nueva Orleáns y conocía los garitos del barrio francés como los dedos de su mano. Si se le contaba a él algo relacionado con un crimen, era seguro que al día siguiente lo sabrían todos los habitantes de la ciudad. Monty y yo nos habíamos conocido en la capital de Nevada con ocasión de un famoso proceso, y nos escribíamos de vez en cuando.

Yo no lo vi hasta que se detuvo a mi lado.

—¿Miras a la negra? —preguntó.

Apenas volví la cabeza.

—Sí.

—No parece ser el tipo de mujer que suele frecuentar estos garitos, ¿verdad?

—No, no lo parece. Por eso la miro.

—¿Qué edad calculas que tendrá? —me preguntó Monty.

—Unos veinte años.

—Si la policía hace una redada la sacarán de aquí antes de que tenga tiempo de santiguarse.

—Deberíamos pedirle nosotros que saliera —opiné—. Esto no le conviene.

—No te preocupes. De todos modos quizá le molesten por otra cosa.

—¿Por qué?

Monty me miró.

Y fue entonces cuando me dijo, con la mayor tranquilidad, aquella cosa increíble.

—Me ha contado hace unos minutos que acaba de cometer un crimen.

* * *

La muchacha seguía cantando en voz baja. Pero ahora se oía mejor su voz, porque las bailarinas habían dejado de taconear y se retiraban con un último revuelo de faldas. Era una voz densa, dura, casi trágica. Más o menos, la voz que imaginamos ha de tener una mujer que acaba de cometer un crimen.

—¿Qué dices? —pregunté, mirando a Monty como si él estuviese loco.

—Sólo lo que ella me ha contado. Yo no invento nada.

—¿Y te ha dicho que acaba de cometer un crimen? ¿Qué clase de crimen?

—Un asesinato,

—No la habrás creído, ¿verdad? —pregunté casi con ansia—. No será esta una nueva añagaza para interesar a los lectores de tu periódico...

—Mira Silver —suspiró Monty—, yo estoy cansado de ver niñas tontas como esa. Porque en Nueva Orleáns y entre la raza negra, también las hay, aunque carezca increíble. De repente les entra un complejo, se ponen a

beber como unas condenadas, a cantar salmos en su lengua nativa y a decir que acaban de asesinar a su propio padre. Es un medio tan imbécil como otro para convertirse en mujeres interesantes. Pero si lo que ésta quería era aparecer en las columnas del *Tabloid*, va lista.

—Naturalmente. No he escuchado en mi vida idiotez más grande que esa confesión...

—Monty es un periodista indiscreto, pero es también un periodista sensato —dijo él, levantando un dedo como el que pregona un *slogan*—. No mires más a esa chiflada, Silver... ¿Por mucho tiempo en Nueva Orleans?

—Sólo un par de días, hasta encontrar a un editor que quiera darme un anticipo.

—Pues vas a estarte un par de años.

—Puede.

—Chao, Silver.

—Adiós, Monty.

Me dejó solo con mis pensamientos y con la mirada perdida de mis ojos. Aquellos ojos que no se apartaban de la figura de la negra que aseguraba haber cometido un asesinato.

Me interesaba. No sé por qué, pero me interesaba. Con eso de ser un novelista que cobra poco y que además siempre se mete en líos, moriré joven. El caso es que no dejé de mirarla.

Hasta que aquel tipo con aspecto de gorila se metió con ella.

Fue todo como en los viejos *saloons* del Oeste, lo cual no tiene nada de extraño, por que Nueva Orleans es hoy en muchos aspectos, y a ciertas horas, una ciudad tan peligrosa como en sus tiempos lo fue Carson City. Y aquel garito no era precisamente una escuela de moralidad.

El tipo aquel debía haber descendido de un barco esa misma noche.

Dijo que quería tocar la pianola, sujetó a la muchacha para sacarla de la tapa y con ese pretexto la estrujó y la besó.

La chica hizo esfuerzos por liberarse, gimió, pataleó un poco y fue besada de nuevo ante la pasividad de los espectadores, que no querían pasar la noche en una celda por provocar una pelea. Yo tampoco, la verdad, pero al fin y al cabo se me ocurrió que tal vez esa sería una buena solución para no pagar el hotel.

Me acerqué a aquel tipo y le di unos golpecitos en el hombro.

Se volvió, medio soltando a la chica.

Y entonces le aticé un corto al estómago, esperando a que se doblase para conectarle un gancho al mentón y un rodillazo a la ingle, exactamente igual como acostumbraban a hacer los tipos del Oeste.

Me salió bien, lo cual demuestra que a veces sirve rara algo lo que uno escribe en las novelas.

Pero les aseguro que estaba muerto de miedo.

El gorila lanzó una boqueada y quiso alcanzarme antes de caer. Le

esquivé fácilmente porque debía estar un poco bebido. Su propio impulso le hizo perder el equilibrio y rodó a mis pies. Le costaba levantarse, yo no esperé a que lo consiguiera.

Tomé a la chica de un brazo.

—Vamos —dije.

Ella no parecía contenta, a pesar de que yo me había arriesgado a que me dejaran sin cejas. Eso es lo que les suele ocurrir a casi todas las mujeres. Cuando uno no recibe, no se quedan contentas.

—Vamos —repetí.

—¿Adonde?

—Fuera de aquí.

—Es que no tengo interés por ir a ningún sitio.

—Vuelve luego si quieres. Pero ahora este lugar puede resultarte peligroso.

Se encogió de hombros, mientras parecía ceder y me acompañaba poco a poco hasta la puerta.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Un escritor de esos que ganan poco dinero y a veces se dejan la barba porque no tienen ni máquina de afeitar. Me llamo Kane.

Pareció como si intentara recordar.

—Nunca he leído ninguna novela tuya.

—Lo supongo, porque según mi editor sólo se han vendido tres o cuatro ejemplares desde la Guerra de Secesión. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Suspiró.

—Norma Lane —dijo cansadamente.

Norma Lane. El nombre me gustó.

—¿A qué te dedicas?

—Iba a debutar pronto en los ballets negros de Koporkin. Hasta ahora he ido a una escuela de baile.

Salimos del local. Vi con alivio que el gorila no nos seguía. La calle hervía de animación, como todas las calles viciosas de todos los puertos del mundo.

—¿Un cigarrillo? —ofrecí.

—Bueno.

Lo aceptó y le di fuego. Fumamos en silencio unos instantes. La misma sensación que ya había tenido al verla, aquella sensación de encontrarme ante algo irreal e incluso un poco mágico, me atenazaba.

Entre los negros suceden cosas que los blancos no comprendemos aún. Que tal vez no comprenderemos nunca.

—Conozco a Monty —dije, no sabiendo cómo empezar.

—¿Monty, el periodista?

—Sí. Y tú parece que le conoces también.

—Es famoso en este barrio.

—Me ha contado una cosa ridícula.

Se envaró un poco y noté que el cigarrillo se tensaba en sus labios, como si fuera a salir disparado de entre ellos.

—¿Qué cosa? —preguntó.

—Según él tú le has dicho que acababas de asesinar a un hombre.

Ella me miró como me había mirado Monty. Y fue entonces cuando dijo aquella cosa increíble con la misma naturalidad que Monty había empleado para contármela. Afirmó sin ningún recelo:

—Sí, he matado a un hombre. A un buitre llamado Skelton.

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—¿Por qué no?

—Si no estuviese andando junto a ti y si no viera a toda esta gente, me parecería que sueño. ¿A qué viene esto de que acabas de cometer un asesinato? ¿Acaso has bebido? ¿Quién confiesa con tanta naturalidad una cosa así?

—Sólo quien ha cometido el crimen.

—O quien está loco.

Volvía a fumar con calma, con una extraña calma, como si no tuviese nada que perder.

—No estoy loca —aseguró.

—¿Por qué le has dicho eso a un tipo como Monty?

—Porque le conozco y me inspira confianza. ¿Acaso es Monty un mal bicho como otros periodistas?

—No, nada de esto. Monty es, en general, una buena persona. Pero el haberle dicho tú que acababas de cometer un crimen, te exponías a que mañana lo supiera todo Nueva Orleans, aún no siendo verdad.

—Pero lo es.

Empezaba a impacientarme. Era evidente que aquella muchacha negra me estaba tomando el pelo exactamente igual que la otra.

—Está bien. Allá tú con tu crimen. Yo ya me estoy cansando de tanta historia loca. Mis saludos para el cadáver.

Iba a alejarme, pero ella, para mirarme, se volvió completamente hacia mí. Y me miró de una forma tan extraña, que sentí como un estremecimiento debajo de la piel.

—¿No me acompañas al menos? —preguntó.

—¿Adonde?

—A mi habitación.

Lo decía con naturalidad, llevando el cigarrillo de un lado a otro de sus labios. Parecía una aventurera, pero no lo era de ningún modo. No, no lo era ni lo había sido nunca. Vi que lo que latía en el fondo de sus ojos a pesar de todo, era una especie de loco temor.

La tomé de un brazo zarandeándola, casi sin darme cuenta.

—¿Por qué haces todo esto, Norma?

—Digo simplemente la verdad.

—Una verdad que yo no creo. Toma algo conmigo y te reanimarás. No vayas sola a ningún sitio esta noche.

Escupió el cigarrillo.

—Por eso te he pedido que me acompañaras.

—¿Dónde vives?

—Tengo un departamento de dos habitaciones alquilado muy cerca de aquí, a la entrada de Roche Street.

—¿Vives sola?

—Sí.

—Vamos.

Echamos a andar hacia la Roche Street, donde se alineaban las casas oscuras y sucias, construidas doscientos años atrás. El hierro de las escaleras exteriores parecía carcomido por el tiempo. Desde alguna ventana abierta llegaba a ritmo de piano un *blues* sostenido. La animación era mucho menos intensa allí. Sólo parejas que se besaban silenciosamente.

Yo me aparté un poco para demostrarle que no me guiaba ninguna intención encubierta, y que pensaba dejarla en paz por esa noche.

Ella lo notó.

—Tú, en el fondo, me crees —dijo—. Y tienes miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué había de tenerlo?

—Pues sientes vergüenza de que te vean con una negra.

La hice volverse y la besé.

Ella se dejó besar, sólo eso. Pero fue bastante.

—No siento vergüenza —le dije.

—Ven.

Ascendimos por unas crujientes escaleras de hierro. Yo ya no me acordaba del crimen ni de nada parecido. Todo lo que olía a crimen estaba a cien millas de distancia. Solo me atrevía a pensar en el enigma que ella, como mujer, representaba.

Pero pronto tuve que pensar en el asesinato nuevamente.

Entramos en un departamento bien amueblado, pero triste, con grandes ventanas por las que entraba la luz turbia de la calle. Había una gran sala con piano, un dormitorio, un cuarto de baño y una pequeña cocina.

—Ahí está —dijo ella señalando el gran armario del dormitorio.

Lancé una carcajada porque toda aquella historia, después de haberla besado a ella, me parecía lo más increíble del mundo.

De todos modos abrí el armario.

Y el muerto, que estaba apoyado en la puerta, cayó hacia adelante con tal fuerza, que pareció saltar sobre mí.

CAPITULO III

La ventana tenía la ventaja de dar sobre el campo. Se empujaban sus batientes de cristales esmerilados y se veía la llanura inmensa de Nebraska, los campos interminables sembrados de trigo y de maíz.

Los tejados rojos de algunas casas parecían puntos de fuego en el verde infinito de la llanura.

Todo daba la sensación maravillosa de paz y de quietud.

Me volví y contemplé el cadáver.

Era de día y la luz le daba de lleno sobre el blanco rostro. Una mosca revoloteaba inquieta alrededor de las aletas de su nariz y la aparté de un rabioso manotazo. A lo lejos se oyó el silbido de un tren que cruzaba la pacífica llanura.

Nebraska, en el Oeste central, a medio país de distancia de Nueva Orleans. Trigo y maíz en lugar de agua sucia. Pero el muerto era el mismo. El mismo que había parecido saltar sobre mí, aquella noche.

La mosca insistió. Logré echarla fuera de un manotazo, a través de la ventana.

—Será mejor que lo cubramos de nuevo con la sábana —dijo el médico—. Aquí hace calor, y las moscas se acercarán a pesar de que el cadáver aún viene helado.

—Sí, cúbralo.

—Le hicieron la autopsia en Nueva Orleans, ¿no? —preguntó el médico, distraídamente mientras lo cubría.

—Exacto. En Nueva Orleans.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—Pues ha venido pronto a Nebraska.

—En avión, en un sarcófago de aluminio bien relleno de hielo seco.

Cerré la ventana, y sin la visión de los campos de trigo, el depósito de cadáveres volvió a tener esa apariencia fría y siniestra que tienen todos los depósitos de cadáveres del mundo.

—¿Qué demostró la autopsia? —preguntó el médico sin interés.

—Le habían apuñalado por la espalda. Encontramos el arma homicida en uno de los propios bolsillos del muerto. La punta de la hoja le atravesó el corazón causándole la muerte instantánea. Apenas hubo derramamiento de sangre, a lo que parece. Sin embargo, verá por las cicatrices, que la autopsia se hizo muy detenidamente.

—Sí, ya veo. Y han extraído parte del hígado por si había huellas de veneno. ¿Las había?

—No.

El médico me ofreció un cigarrillo.

—¿Por qué lo han traído aquí, Silver?

—Porque aquí vive la única persona que podía tener relación con él, aparte la persona que lo mató.

—¿Quién lo mató?

—Una mujer.

—¿Y quién hay en Nebraska que pueda haber tenido alguna relación con el muerto?

—Otra mujer.

—Mal asunto. Con tantas mujeres tenía que acabar así.

Noté que aún no me había pedido por cortesía todos los permisos oficiales para el traslado. Y yo no los tenía, claro, porque soy un particular y no un polizante. Pero en ese momento entró en la sala de autopsias mi amigo, el teniente Cly.

Cly llevaba un bolsillo lleno de papelotes. Empezó enseñando al médico la documentación del muerto.

—Mire. Aquí tiene todo lo relativo al traslado del cadáver para su tranquilidad. Lo hemos traído aquí por ser mejor para la investigación. El fiambre se llamaba Skelton, tenía cuarenta años, era agente teatral y había tenido con la policía de Nueva Orleans un par de tropiezos por asuntos sucios de faldas. Sin embargo ahora estaba desvinculado de toda clase de actividades y parece que vivía de unas pequeñas rentas. No hemos encontrado en Nueva Orleans a nadie importante que tuviera relación con él, excepto, claro, la mujer que lo mató.

Recordé fugazmente a Norma Lane tras los barrotes de una celda.

El humo del cigarrillo me supo amargo.

Cly hizo una pausa.

—Estos son los permisos oficiales para el traslado del cadáver y la orden para que sea custodiado en este depósito. Guarde estos documentos bien y ponga aquí algunas florecitas y botellas, porque seguramente vendrá alguien a identificar el fiambre.

El médico me miró.

—¿Ha dicho usted que la última persona que había tenido relación últimamente con Skelton es una mujer? —preguntó.

—Exacto.

—¿Quién es?

—Se llama Bettina Nobel.

—La recuerdo. Aquí la conoce casi todo el mundo. Trabaja en Omaha desde hace más de un año.

—¿A qué se dedica?

—Da clases de tiro con revólver.

Cly puso cara de interés, y yo, sin darme cuenta, rompí el cigarrillo con los dientes.

—¡Diablos!

—Tiene una escuela muy acreditada, y como es lógico, enseña con autorización oficial. He oído decir que incluso van allí a practicar el tiro algunos jefes del ejército y de la policía.

—¿Es joven? —pregunté.

—Sí. Y bonita.

—Se comprende.

—¿Por qué se comprende?

—Porque la única relación que conocemos entre Skelton y ella era una promesa de matrimonio.

—Pues sí que van a darle ahora una buena noticia.

A Cly le encantaba dar malas noticias y dejar reventada a la gente.

—Vamos en seguida —decidió—. Tiene que identificar el cadáver ella también. ¿Sabe dónde podemos encontrarla?

—No conozco exactamente dónde tiene su escuela, pero podrán encontrarla en la guía telefónica de la ciudad de Omaha,

—Es natural. Gracias.

Salimos.

Aquel no era el depósito general, sino el que estaba enclavado cerca del cementerio. Hasta la ciudad había un buen trecho por un camino tranquilo, pero quemado por el sol. Cly había pedido prestado a la policía local un «Dodge» negro último modelo, con más luces en el *stop* que el palo de un trasatlántico. Subimos a él.

Cly se puso al volante y arrancamos a buena velocidad, llegando minutos más tarde a Omaha, capital del estado de Nebraska.

Omaha, pese a lo que se diga, es para mí una ciudad tranquila. En el Oeste central, la gente da la sensación de no tener prisa, si se la compara con la de la costa del Atlántico, donde uno encuentra en cada esquina caras de loco furioso. Inexplicablemente, me sentía bien.

Cly aminoró la velocidad, y mientras rodábamos hacia el centro me preguntó:

—¿Cómo fue lo de la chica?

—Ya te lo he dicho. La conocí en un garito de Nueva Orleans, y te juro que hubiese llamado la atención incluso de un ciego por su belleza y por los extraños himnos que cantaba. Ella había dicho a Monty, un periodista del *Tabloid* que acababa de cometer un asesinato y yo, no sé por qué, deduje que el asesinato era el de un hombre. Luego entré en relación con ella a consecuencia de una disputa casual. Me rogó que la acompañara a su habitación, entramos e insistió en que el muerto estaba allí.

—Todo esto parece muy extraño, Silver.

—Esta es también la sensación que me dio entonces, pero de todos modos abrí el armario, que era el sitio donde me dijo que estaba el cadáver. Y ese tipo, Skelton, que estaba apoyado en la puerta, pareció saltar sobre mí.

Cly guardó unos minutos de silencio, mientras parecía meditar de nuevo sobre aquello, a pesar de que yo se lo había contado dos veces en el avión, con distintas palabras.

—Te debiste dar un buen susto —fue lo único que se le ocurrió.

—No fue por el cadáver, sino por el hecho de que ella lo anunciara. No podía creerlo.

—¿Qué hiciste luego?

—Me cercioré de que Skelton estaba bien muerto, la miré a ella con cara de pasmado y le dije que no tendría más remedio que avisar a la policía.

—¿No se opuso?

—Al contrario, estaba resignada. Diríase que la llegada de la policía le quitaba un gran peso de encima.

—Los negros son gente extraña —comentó Cly—. El arrepentimiento debía haber llegado a constituir para ella una verdadera obsesión.

—Lo más raro es que ella no tenía apenas relación con el muerto. Sólo se habían visto una vez.

—Pero quizá Skelton le había hecho ya proposiciones deshonestas. Tenía fama de ser un agente teatral sucio.

Es posible. La primera vez que se refirió a él dijo «ese marrano de Skelton o algo así».

Cly frenó frente un *snack-bar* donde había espacio suficiente para aparcar el «Dodge».

—Naturalmente fue encerrada —dije mientras nos apeábamos—. Ahora está entre rejas y esperando ser juzgada, mientras afirma que fue ella la que cometió el crimen, aunque no especifica los motivos. Creo que es un deber ayudarla a salir de este mal paso, si no tiene culpa. Ya sé que estarás pensando que soy un estúpido, pero esa muchacha me impresionó.

Entramos en el *snack* y pedimos un ligero desayuno, mientras Cly consultaba la guía telefónica.

—Está aquí cerca —dijo al cabo de unos segundos de búsqueda—. Segunda bocacalle a la izquierda según creo. Llegaremos mientras está en plena clase.

—Mejor.

Salimos de allí diez minutos después.

No desaparecamos el automóvil para un trayecto tan corto. Dos bocacalles más allá, casi en la esquina, había un edificio de once pisos, donde unas grandes letras de neón, apagadas a aquella hora, anunciaban la escuela de tiro de Bettina Nobel.

Subimos hasta el piso diez. La puerta de la escuela que era acolchada, se abría automáticamente al oprimir el timbre. Se entraba así a un gran vestíbulo donde empezaba un pasillo brillantemente iluminado más allá del cual se oían repetidos disparos de revólver.

Cly y yo pasamos al interior.

Bettina Nobel estaba sola en la inmensa sala de tiro, que ocupaba el espacio normal de cuatro habitaciones. Las paredes eran de corcho, y al fondo había unas figuras y un cuadro, sobre el que Bettina disparaba.

Pero uno, al entrar allí, no se fijaba apenas en esos detalles. Se fijaba solamente en la mujer.

Bettina Nobel habría cumplido los treinta años y tenía, pues, esa edad en que las mujeres han adquirido ya madurez, serenidad, elegancia y un poquito de peso para llenar bien los vestidos. Bettina tenía todo lo que uno suele ponerle a una mujer cuando sueña en ella y hasta un poquito más para que uno tarde en despertarse.

Estaba sentada en una butaquita funcional que parecía mentira que pudiera sostenerla. Tenía cruzadas las piernas, balanceando una de ellas como en Nueva Orleans hizo Norma Lane, la negra. Pero Bettina no iba descalza sino que, por el contrario, cada uno de sus pies valía una fortuna. Llevaba unos zapatitos de altísimo tacón que, puesta en pie, debían situarla como en un pedestal. Sus medias, por lo que pude apreciar, eran de lo mejorcito que se podía ver en los escaparates de Nueva York. Y llevaba además, una soberbia pulsera de oro en cada tobillo.

Después de fijarme en todo esto, subí la vista y reparé en su revólver, un «38», modelo popular, con el que lograba soberbias punterías entre las dos cejas de la mujer representada en el cuadro.

Hasta agotar las seis balas del cargador no se fijó en nosotros.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Tenía una mirada de hielo a pesar de que cada movimiento de su pierna parecía transmitir ondas eléctricas al aire.

—Soy el teniente Clive Statford, de la Brigada de Homicidios de Nueva Orleans —se presentó Cly—. El entrometido que me acompaña es Silver Kane, un medio chiflado, quien descubrió el crimen por el que estoy actuando. Es usted Bettina Nobel, supongo.

—Supone bien.

—¿Y sus alumnos?

—No tengo ninguno esta mañana.

Cly pareció sorprendido.

—Mi profesión exige un continuo entrenamiento —dijo ella—. Si no practicase, por lo menos dos mañanas enteras cada semana, estaría en baja forma... Bien, ¿a qué han venido ustedes a Omaha?

Cly se sentó sin pedir permiso en otra butaquita que había frente a ella y empezó el bombardeo.

—¿Conocía usted a un hombre llamado Skelton?

—Por supuesto.

—¿Era su prometido?

—Sí. ¿A dónde quieren ir a parar?

—Al depósito de cadáveres del cementerio occidental de Omaha, preciosa. A Skelton le agujerearon el corazón anteayer con la punta de una daga que fue encontrada en uno de sus propios bolsillos. Hemos traído el cadáver aquí para que lo identifique y nos diga todo lo que sepa acerca de él. Puedo parecerle brutal, pero con todo esto pretendo decirle que si usted nos ayuda cazaremos al que realmente lo hizo.

—No parece usted brutal; lo es —dijo ella, moviendo apenas los labios.

Pero no parecía demasiado impresionada por la noticia que acababa de recibir, como si fuese una de estas mujeres que están por encima de la vida y la muerte.

Y no había perdido ni un ápice de serenidad.

—Ha dicho usted el que «realmente lo hizo» —recapituló mirando a Cly—. ¿Por qué ha empleado esa palabra? ¿Es que ya hay alguien que lo hizo aparentemente?

—Sí —confesó Cly.

—¿Quién?

—Una negra.

—Skelton frecuentaba demasiado el trato con muchachas de los ballets afrocubanos —dijo ella, con un cierto tono despectivo en la voz—. Más de una vez le advertí que acabaría así.

Tomó otro revólver de la completísima colección que había en una mesita a su lado. Esta vez era un modelo chato, anticuado, con el que no suelen hacerse grandes punterías. Pero ella, sin que le temblara el pulso ni una centésima de pulgada, disparó otra vez y la bala fue a clavarse exactamente, como las otras, entre las dos cejas de la mujer del cuadro.

Cly lanzó un silbido.

—Un tiro insuperable.

—Cuando estoy en forma, siempre disparo así.

Pero yo no me admiraba de la puntería, sino que contemplaba insistentemente a la mujer del cuadro.

—¿Quién es? —pregunté hablando por primera vez.

—¡Oh! ¿Esta? Es Glenda, una especie de ama de llaves, secretaria y de confidente. Está horrible en este cuadro, y le dije que lo destruiría. ¿Sabe usted cómo destruyo yo las cosas, señor Kane?

—Ya lo veo. A balazos.

—Esta mañana he hecho puntería entre las dos cejas, y otra mañana lo haré en otro sitio distinto. El cuadro todavía durará.

—No debe tenerle usted mucha simpatía a Glenda.

—¿Por qué no? Es casi mi única amiga. Pero este cuadro es horrible, horrible. No puedo soportar verla así.

Cly debía considerar estúpido todo mi interés por el cuadro, porque me miró como se mira un estorbo.

—Déjate ahora de preguntas tontas, Silver. Nos interesa que la señorita

Nobel identifique el cadáver antes de pedir al fiscal del distrito la apertura de una investigación, si es que hay algún motivo para suponer la inocencia de Norma Lane. Luego podrás mirar ese cuadro todas las horas que quieras. ¿Le molestaría acompañarnos, señorita Nobel?

—No, claro que no.

En vista de que ella no se impresionaba con sus frases rudas, Cly se había vuelto más fino.

Yo seguía mirando el cuadro. La mujer representada en él no era joven ni bonita, pues tendría ya unos cuarenta años y una expresión seca y estirada en el rostro. Pero me impresionaban aquellos disparos exactos entre las dos cejas. No podía apartar mi mirada de allí.

Bettina Nobel se puso en pie.

—Puedo salir ahora mismo si lo desean. Tengo mi coche en el garaje del edificio.

—No se moleste. La llevaremos en el de la policía.

Bettina pasó delante nuestro. Sabía andar, diablos. La estrecha falda negra parecía haber sido diseñada por el mismo demonio. Cly y yo fuimos detrás de ella, sin ver nada más que a Bettina. Y la hubiésemos seguido aún caso de ver que iba recta hacia un precipicio.

Al llegar al vestíbulo, Bettina oprimió un timbre y apareció por una puerta lateral un viejo criado chino. Le ordenó que no se moviese de allí hasta que ella regresara. El chino se inclinó ceremoniosamente.

Ya en el coche, nos acomodamos los tres en el asiento delantero, ocupando Bettina el centro. Le ofrecí un cigarrillo y ella me lo devolvió después de encenderlo en sus labios.

—¿Ibais a casaros pronto? —pregunté.

—Dentro de dos meses.

—Parece que no has sentido mucho la muerte de Skelton.

—Hoy vivimos y mañana ya nos sacan con los pies por delante. ¿Qué es lo que hay que sentir?

—Me parece una filosofía un poco dura para una mujer tan femenina como tú.

—Yo no he elegido mi sexo.

—¿Dónde aprendiste a tirar?

—Afición. Yo sola.

—¿Y dónde conociste a Skelton?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—Una tentativa para esclarecer su muerte.

Ella lanzó al aire una bocanada de humo, mientras el «Dodge» dejaba atrás los arrabales de la ciudad.

—Skelton quiso contratarme para un espectáculo de circo. Se había retirado prácticamente de su profesión de agente teatral, pero de vez en cuando aún trataba de hacer algunos negocios. El me veía ya con una

ceñida malla negra en medio de la pista y grandes carteles que dirían: «Bettina, la tiradora más guapa y más peligrosa del mundo», o algo así. En cierto modo, Skelton era un iluso. Le desengañé.

—¿Y de ahí nació su amistad?

—Insistió tantas veces que terminamos por salir juntos a cenar en alguna ocasión. No era antipático, y cuando me pidió en matrimonio acepté. No sé si lo comprenderás, pero una mujer como yo tiene que pensar alguna vez en casarse. De otro modo, siempre me veo en compromisos y hay gente que viene a la escuela con intenciones extrañas.

—Pero quizá cualquier otro te habría importado tanto como Skelton, ¿no?

—Debo reconocer que así es.

Llegábamos al cementerio occidental. Cly hizo una hábil maniobra para sortear una furgoneta y detuvo al «Dodge» frente a la puerta del depósito de cadáveres.

Penetramos en el interior y fuimos directamente a la sala donde estaba el cuerpo de Skelton.

El médico levantó la sábana.

Ni un músculo se movió en las impecables facciones de Bettina Nobel. No parpadeó siquiera.

—Sí, este es —dijo por todo comentario.

—¿Lo reconoces sin ninguna duda?

—Sí.

—La diligencia de identificación está completa —dijo entonces Cly, volviendo a cubrir el cadáver—. En cualquier momento puede ser inhumado ya el cuerpo de Skelton. ¿Quiere usted hacerse cargo de él, señorita Nobel?

—No tengo inconveniente. Puede enterrarlo en Omaha mismo, a menos que él tuviera deseos de ser enterrado en Nueva Orleans.

—Me parece que Skelton no se preocupaba demasiado del sitio donde terminarían enchironándolo.

El médico se ofreció amablemente a hacer todos los trámites por cuenta de Bettina Nobel.

—No tendrá usted que preocuparse. —Los ojos le bizqueaban al mirarla—. Yo me encargaré de todo y haré que le pasen la factura a su domicilio. Skelton tendrá un entierro digno. Se lo prometo.

—Esperamos que su entierro sea más digno que su muerte. Buenos días, doctor. Y gracias.

—Estoy a su disposición para lo que quiera pedirme.

—Yo también —dijo Cly.

Salimos.

El viento hacía ondular a lo lejos los inmensos campos de maíz que yo había visto desde la ventana del depósito de cadáveres.

—¿Había oído usted hablar de una tal Norma Lane? —preguntó Cly mientras enfilábamos nuevamente hacia la ciudad.

—No, jamás.

—¿Cree que Skelton pudo hacerle proposiciones indecorosas? ¿Cree que ella podría odiarle por ello?

—No creo que una negra de Nueva Orleáns se asuste mucho ante esa clase de proposiciones.

—Ella sólo tiene veinte años.

—Una negra es vieja a esa edad.

Hablaba con cierto despecho. Se notaba que no le hacían gracia las gentes de color, y no por el hecho de que una negra afirmara haber matado a Skelton. Tenía esa especie de orgullo de la raza blanca que ha convertido a muchos yanquis en discípulos de Hitler. Pero a Cly no le interesaban estas cuestiones, e intentó concretar.

—¿La conocía o no? ¿No había oído hablar jamás de ella? ¿Nunca la mencionó Skelton delante suyo?

—No.

—Me temo que tengamos muy poca cosa que buscar en Omaha, Kane —dijo Cly encogiéndose de hombros—. Ella lo mató por alguna razón sentimental, y a eso se debió el que le llamase «cochino» o alguna palabrota parecida cuando lo mencionó delante de ti. Luego a tu bonita Norma Lane le sobrevino una crisis de misticismo, empezó a entonar sus extraños cánticos con ritmo de «vudú» y confesó su crimen. No hay razón alguna para buscar más allá, Kane. Si tú quieres permanecer en Omaha yo volveré a Nueva Orleáns en el primer avión.

—¿Ni siquiera hablarás con el fiscal del distrito?

—No creo que sea necesario. Eso corresponde a Nueva Orleáns.

Verdaderamente Cly tenía razón. Yo mismo hube de reconocer que no había motivo para prolongar aquella investigación cuando todo parecía estar absolutamente claro.

Pero aquello significaba cuando menos la cadena perpetua para la joven Norma Lane. O tal vez la pena de muerte, puesto que era negra y sería juzgada por un tribunal del Sur.

Quizá sería mejor investigar en Nueva Orleáns, si es que había motivo para investigar alguna cosa.

Pero un deseo al que no sabía dar nombre, algo extraño e inconsciente, me retenía en Omaha, en las llanuras del Oeste central. Intenté descifrar ese sentimiento, aquella cosa secreta que me obligaba a no moverme de allí, y llegué a la conclusión de que era... ¡a causa de la mujer del cuadro! ¡A causa de aquella pintura de una mujer llamada Glenda, a la que había visto atravesada por varios balazos entre las cejas!

No. Definitivamente, aquello no tenía sentido.

Cly me preguntó con toda educación:

—¿Qué cuerno de pensamiento te está pasando ahora por la cabeza, condenado?

—Yo me quedaré en Omaha, Cly —le dije.

—¿Por qué?

—En Nueva Orleáns ya trabajaréis. Creo que si hay algo lo descubriréis entre todos. Yo me quedo en Omaha porque es posible que en esta ciudad encuentre alguna cosa.

—¿Y tu editor?

—Ya hablaré con él en otra ocasión. Al fin y al cabo, creo que tampoco me hubiese dado un céntimo.

Cly se encogió de hombros.

—Como quieras. ¿Dónde desea usted que la deje, señorita Nobel?
¿Volvemos a su escuela?

—No. Veo que ya es casi la hora de almorzar. Si desean venir a mi casa están invitados.

—No, gracias —dijo Cly—. Yo por lo menos, tengo que ocuparme de mi billete de regreso. Kane puede aceptar su invitación.

Y aprovechando que ella no le miraba, me guiñó un ojo.

En cualquier otra circunstancia no niego que me hubiera interesado mucho un almuerzo con Bettina Nobel, pero ahora estaba como obsesionado, como absorbido por unos pensamientos que no conseguía dominar. Ella debió notarlo, porque me miraba insistentemente.

—Lléveme a Kisney Boulevard —dijo con un soplo de voz—. Lo encontrarán siguiendo por esta misma avenida y doblando luego a la izquierda. Yo vivo allí, en una casa rodeada de magnolios.

Encontramos la casa diez minutos más tarde, tras penetrar en una agradable zona de chalets donde el tráfico apenas existía. Bettina nos la señaló con un suave movimiento. Cly frenó delante y descendimos solamente la mujer y yo.

Bajo los árboles del jardín había una sombra acogedora y llena de complicidad. Me di cuenta de eso cuando Cly hubo desaparecido con su condenado coche.

Noté que Bettina me miraba de un modo especial. Me miraba como miran las mujeres cuando van a besarle a uno o a soltarle una bofetada.

—¿Estás interesado por aquella mujer? —susurró.

—No puedo estarlo en el sentido que tú imaginas. A pesar de todo a mí no me gustan las negras, aunque comparto sus problemas.

—¿Y las blancas?

Entreabría los labios. Pero para besarla casi tuve que hacer un esfuerzo porque me daba miedo. Bettina Nobel era una mujer demasiado importante para mí. Una de esas mujeres por las cuales uno pierde la cabeza y todo lo que tiene en la cartera.

—Eres tonto —fue todo su comentario.

Cuando nos acercamos a la casa, ella extrajo un llavín y lo introdujo en la cerradura.

—Glenda preparará el menú en cinco minutos —dijo.

Pero Glenda ya no podría preparar nada nunca más.

Estaba como en el cuadro. Sentada en una silla ante la puerta, mirando de frente con sus ojos vacíos, sosteniéndose en un equilibrio que parecía imposible para una muerta. Estaba como en el cuadro, incluso en aquel pequeño detalle: ¡en el balazo que le había penetrado en la cabeza por entre las dos cejas!

CAPITULO IV

Allí, desde aquel grupo de edificios que veía recortarse en la distancia, se podía destruir el mundo.

Ned Saxon apenas acertaba a creerlo.

En la inmensa llanura de Nebraska, el Estado más liso y más uniforme de Norteamérica, cerca de Omaha, entre interminables campos de trigo y de maíz que hacían recordar un mar entre amarillo y verde, estaba el lugar desde donde quizá un día partiría la orden para la destrucción más espantosa de todos los tiempos.

Mi amigo Ned me miró.

—Celebro haberte encontrado en Omaha, Kane.

—Pura casualidad.

—Me hubiera impresionado llegar solo hasta aquí, te lo juro. Quizá no lo creas en un hombre como yo, pero esta vez tengo como una especie de miedo. Trabajar en un sitio así me abruma.

—Has trabajado en sitios peores.

—No me atrevería a afirmarlo.

Miré a Saxon. Tendría ya unos cincuenta años, o sea es mucho mayor que yo. Había trabajado a sueldo del servicio Exterior de Espionaje de los Estados Unidos durante bastantes años, desde Pearl Harbour en 1941, hasta el desastre de Corea y la destitución de Mac Arthur en 1950. Luego aunque continuó en el servicio había sido destinado a una tarea extraña y verdaderamente siniestra: recuperar, de acuerdo con las autoridades consulares, los cuerpos de los agentes yanquis muertos en el extranjero en acto de servicio.

Saxon había visto cuerpos de hombres fusilados, estrangulados, cosidos a puñaladas. Había visto pieles de hombres y mujeres rociadas de puntos negros por las metralletas. O cuerpos quemados vivos antes de darles el tiro de gracia. Con lo que Saxon había visto, especialmente en algunos países del Oriente Medio, habría podido escribir un libro estremecedor y alucinante.

Y ahora estaba allí, frente al lugar desde el que, con una simple orden, se podría destruir el mundo.

Saxon miró su uniforme y su insignia, un guantelete de hierro despidiendo rayos, bajo el cual se leían estas palabras: «Estrategic Air Command».

—Casi no puedo creerlo —musitó.

—¿Y por qué no? Esta es una misión como otra cualquiera. Probablemente una de las más reposadas de tu vida. Tienes que ser un vigilante más en el Alto Mando de las Fuerzas Estratégicas, las encargadas de transportar las bombas H, en caso necesario, a cualquier lugar del

mundo. No creo que tengas demasiadas complicaciones aquí: simples misiones rutinarias.

—Pero, ¿te das cuenta? En los sótanos de este edificio hay un teléfono rojo, un único teléfono de color sangre... ¡y un hombre puede hablar por él y dar la orden para que sea destruido casi todo el mundo!

—Los seres humanos somos ahora demasiado poderosos —reflexioné—. Y casi siempre empleamos mal nuestro poder.

Saxon, sin dejar de mirar a los edificios que se distinguían en la distancia, puso de nuevo la primera velocidad en el *jeep* que nos transportaba y reemprendimos la marcha. Al fondo de la recta y bien cuidada carretera, los edificios se fueron perfilando. Un primer control nos detuvo a tres millas de distancia.

—¿Documentación?

Saxon enseñó la suya, junto con un pase especial que me había conseguido para mí para visitar algunas partes de la zona secreta.

—Me recibirá el propio general Power en su cuartel general subterráneo —dijo cuando reemprendimos la marcha—. Es de él directamente de quien deberé recibir órdenes.

—Repito que tu trabajo no será demasiado complicado.

—Pero, ¿imaginas lo que ocurriría si un solo agente enemigo se introduce por ahí? Esto es mucho más importante que el Pentágono.

—No te hagas ilusiones. Debe haber en la base subterránea bastantes agentes enemigos, pero supongo que no tendrán acceso a los grandes secretos. El general Power te encargará simplemente que vigiles a determinadas personas. Nada más.

Me llevé una mano a la frente. No podía soportar aquel horrible dolor de cabeza.

—¿Qué te pasa, Kane?

—No he dormido esta noche.

—¿Por qué?

—¡Bah! Preocupaciones.

—Por cierto, ¿qué estás haciendo tú en esta parte de Arkansas?

—Investigo un crimen que se cometió en Nueva Orleans.

—Pues has llegado bastante lejos.

—Es que en Omaha se ha cometido otro.

—¿Otro? ¿Y quién ha sido la víctima?

—Una mujer llamada Glenda. Yo no la conocía, y la primera vez que la vi fue cuando ya estaba muerta. Era una especie de ama de llaves de una profesora de tiro llamada Bettina Nobel.

—No la he oído nombrar nunca.

—No es extraño, si acabas de llegar a Omaha.

—Parece que esto te preocupa realmente, Kane.

—Mucho. Bastante más de lo que cualquiera puede suponer.

Guardamos unos instantes de silencio. Los edificios a los que estábamos llegando, vistos de cerca tenían un increíble aspecto de sencillez y vulnerabilidad. No eran algo impresionante, como el Pentágono o el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, sino que consistían esencialmente en un cuerpo de dos pisos frente al cual se levantaba mirando al cielo un moderno proyectil Atlas. Todo tenía un aspecto más bien decorativo, como en una exposición. Incluso los policías de servicio, vestidos de azul con cubrebotas blanco, parecían puestos allí para adornar.

Pero yo sabía que no era así. Yo sabía que el fabuloso corazón de todo aquello estaba a cuarenta metros bajo tierra, en uno de los lugares más secretos del mundo.

—Te agradezco que me hayas traído aquí, Saxon —le dije—. Al menos en este lugar olvido un poco lo que hasta ahora me ha llenado la cabeza.

—Un momento, Kane. Van a identificarnos. Estábamos en la zona de recepción, ante una gran pantalla de televisión frente a la cual tuvimos que enseñar nuestros documentos. La pantalla parecía vigilarnos como un ojo vivo. Estábamos en la entrada del «agujero» ideado años antes por el irascible general Le May y cuyo coste se había elevado entonces a mil millones de dólares.

Saxon me fue informando detalladamente de todo lo que teníamos ante los ojos.

—Esta máquina que ves allí, al parecer tan insignificante, sirve para cerrar automáticamente las puertas a la menor explosión, convirtiendo el subterráneo en un edificio invulnerable. Hay ahí abajo víveres para treinta días, y el aire puede ser cuidadosamente depurado de toda clase de partículas radioactivas. Todo está insonorizado. Podría desarrollarse sobre nuestras cabezas una guerra atómica y aquí no cambiaría nada. La atmósfera seguiría siendo tan irreal como lo es ahora.

—Conoces muchas cosas acerca del Mando Aéreo Estratégico, Saxon.

—Todo lo que oficialmente puedo conocer, puesto que voy a encargarme de vigilarlo.

—¿Pero puede realmente el general Power dar la orden para que sea iniciada una guerra atómica?

—En efecto. Y los aviones que están preparados tardarían apenas unos segundos en remontar el vuelo con sus siniestras cargas. Pero la primera orden debe venir del presidente Nixon. Sólo a él incumbe esa terrible responsabilidad.

Estábamos ahora ante el llamado *Plotting Boar*, especie de pizarra gigantesca donde se señalaba en cada instante la posición de cada uno de los aviones de la Fuerza Estratégica y las condiciones meteorológicas en todos los lugares del mundo.

—Es admirable y a la vez terrible —dije sin poder borrar de mi memoria la imagen de aquella mujer con un balazo entre las dos cejas.

El oficial que nos acompañaba indicó:

—Pues les falta ver el cerebro que dirige todo esto.

Nos condujo entonces a una habitación ocupada en gran parte por una sola máquina, frente a la cual trabajaban varios hombres.

—La 704 —presentó como si se tratara de una persona viva—. Trabaja a un ritmo de sesenta mil operaciones matemáticas por segundo y es capaz de decir en cualquier momento dónde se encuentra no importa, que avión de la Fuerza Aérea Estratégica, cuánto carburante le queda, qué bombas carga y cuál es la táctica que le conviene emplear. Todo esto, que ocuparía durante horas toda la atención de varios especialistas, se resuelve en unos pocos segundos.

Era como el que visita un museo, pero un Museo de los Horrores. Porque daba escalofríos pensar que todo aquello estaba preparado sencillamente para organizar con rapidez una guerra atómica.

Mientras esperábamos para ser recibidos por el general Power, Saxon comentó en voz baja:

—Creo que tenías razón, Silver. Este no va a ser un mal destino para mí. Al menos aquí estaré protegido.

Miré a Saxon. Y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba dominado por el miedo, un miedo que le llegaba hasta la médula de los huesos, un miedo que no le dejaba vivir.

Se le notaba en los ojos.

Y aquello tratándose de un agente especializado como él, resultaba inexplicable.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

—Nada, olvida lo que he dicho. Ha sido una frase tonta.

—¿Te persigue alguien?

—La verdad es que varias veces me han amenazado de muerte.

—Es natural en una profesión como la tuya. Habrá por lo menos cinco o seis hombres a los que venciste en otro tiempo y que querrán eliminarte del mundo de los vivos. Pero yo imaginaba que estas cosas ya no te impresionaban lo más mínimo, Saxon.

—He tenido que enviar a la muerte a mucha gente a la que ni siquiera conocía —susurró él—. Esta es la razón de que siempre haya pensado de que alguien me enviaría a la muerte a mí. Y a pesar de mis misiones aparentemente pacíficas, me han amenazado más que a cualquier otro agente secreto.

—¿Temes que se cumplan estas amenazas?

—Aquí dentro ya no.

—¿Tienes algún enemigo especialmente temible?

—El hijo de un hombre a quien hace años tuve que entregar a la policía rusa para el buen resultado de una misión.

—¿Lo conoces?

—No.

—Es inútil que te preocupes. Debe estar en el otro extremo del mundo sin acordarse de ti.

Saxon rio nerviosamente.

—Es que anoche, cuando estaba en el hotel, me llamó por teléfono. Serían las diez. Y no se trataba de una broma.

Le miré con interés.

—¿Qué te dijo?

—Sencillamente que me mataría hoy.

—¿Quizá por eso te ha alegrado encontrarme, Saxon? ¿Te consideras así más protegido?

—Siempre es mejor tener un amigo cuando uno va a un lugar que no conoce. El miedo ha influido en que te gestionara el permiso tan rápidamente después de encontrarte por casualidad, Kane. No sé si me perdonarás.

—Claro que estás perdonado, Saxon. ¿Y por qué no? De todos modos, te agradezco el que me hayas explicado esto, porque es una prueba de humildad.

—Estoy descentrado, Kane. No sé qué me ocurre. Llevo muchos años enfrentado con el peligro, y ahora de repente, el peligro me abrumba como si no lo hubiese conocido nunca. Como si la muerte se hubiese convertido de pronto en algo de lo que jamás había oído hablar, en vez de ser mi compañera inseparable durante toda mi juventud.

—A los cincuenta años, las crisis nerviosas suelen ser malas, Saxon. Incorpórate y solicita en seguida un permiso por motivos de salud. No estás en condiciones de prestar un servicio eficaz.

—Es inútil. Sé que me matarán.

—Absurdo.

Pero yo notaba que mis palabras no le habían tranquilizado lo más mínimo. Seguía tan obsesionado como cuando lo encontré por casualidad frente al Palacio de Justicia de Omaha.

Resulta extraño decir eso, pero a mí me dio la sensación de que estaba más allá de la muerte.

En ese momento nos llamaron para entrar en la habitación del teléfono color sangre, donde se encontraba el general Power.

* * *

La entrevista fue breve.

—Vivirá usted como un oficial más de las Fuerzas Aéreas Estratégicas —dijo el general—, puesto que no en vano fue aviador militar, siendo ésta la causa de su selección para este trabajo. Deberá actuar completamente solo, vigilando a dos hombres de los cuales sospechamos, y los cuales le señalaré

personalmente mañana. Todas las instrucciones se las daré cuando estemos a solas. Le he recibido ahora junto a su acompañante por atención a éste. Nada más.

Era una forma educada de decirme que los civiles como yo somos un estorbo.

—¿Ordena alguna otra cosa? —saludó Saxon.

—Puede retirarse. Gracias.

Salimos.

La puerta metálica se cerró detrás de nosotros otra vez, tan silenciosamente como se había abierto. Nos encontramos de nuevo en la gran antesala donde habíamos hecho la espera. Había varios hombres allí.

Uno de ellos se nos acercó. No pusimos atención en él hasta que estuvo materialmente encima.

Y de pronto Saxon pasó a ser un muerto.

El muerto más extraño e inquietante que he visto en todos los días de mi vida.

Siempre he considerado aquel crimen como el más audaz y loco que he visto cometer, y eso que he tenido la desgracia de verme envuelto en unos cuantos de ellos. El hombre que se acercó a Saxon sabía que iba a matarle, pero él también tendría que morir. Lo que hizo fue sencillamente dar su vida para satisfacer su venganza.

Le disparó un solo balazo directo al corazón.

Yo salté sobre él cuando le vi sacar la pistola, tratando de evitar lo inevitable. El disparo salió de la boca de la «Browning», y Saxon, mientras lanzaba un grito de terror, se llevó ambas manos al pecho, doblándose hacia delante como un pelele.

Fue una muerte parecida a la del presunto asesino de Kennedy.

El asesino sabía que no podría abrirse paso a tiros, pero lo intentó. Después de dedicarme una segunda bala que no me alcanzó, porque supe arrojarle a tierra, disparó contra los otros técnicos y policías que estaban en la antesala. Uno de ellos fue alcanzado en un brazo y vaciló antes de caer, mientras otro sacaba instantáneamente un revólver reglamentario del F.B.I. calibre 38.

Dos disparos se cruzaron en fracciones de segundo. El del asesino no alcanzó al federal porque éste le había alcanzado antes. Sin lanzar un grito cayó, con una bala en el centro de la cabeza.

Todo esto sucedió apenas en unos segundos, con tal rapidez que ninguno de nosotros se pudo dar cuenta exacta de lo que sucedía.

Me puse en pie de un salto.

La puerta metálica que daba acceso al puesto de mando del general Power, se abrió.

El general, demudado, apareció en el umbral.

—¿Qué es esto? ¿Un campo de batalla? —Entonces se fijó mejor en los caídos—. ¡En el nombre del cielo! ¡Son Saxon y Riley!

El federal se había inclinado ya sobre el asesino, al que acababa de atravesar la cabeza.

—Lo siento, mi general. Nada se puede hacer por Riley. Me ha sido preciso tirar a matar.

Yo me había inclinado también sobre Saxon.

—¡En cambio él vive, general! ¡La bala sólo ha debido rozarle el corazón! ¡Podemos hacer algo por él!

—¡Que lo lleven al quirófano rápidamente!

Dos policías militares iban a cumplir la orden cuando se abrió en estos momentos una de las puertas que daban a la antesala.

En el umbral apareció una mujer.

Lo mejor y lo peor que tienen las mujeres es que cuando uno cree haber

visto la más perfecta, se encuentra ante los ojos otra que es mejor todavía. Esta que acababa de entrar llevaba una bata a medio desabrochar, como si se dispusiera a quitársela cuando sonaron las detonaciones. Llevaba abajo un ceñido vestido de punto negro, que a una mujer llenita como ella le sentaba como para sacarle a un miope los ojos fuera de las gafas. Todo lo demás era por el estilo, y especialmente aquella cabellera cobriza que ligaba tan diabólicamente con los zapatos del mismo color. Era una mujer de detalles. Cualquiera que la hubiese visto habría pensado al instante que era una gran *vedette*.

Pero no lo era, sino todo lo contrario. Aquella mujer, según supe en seguida, era uno de los médicos jefes de la ciudad subterránea.

El general posó en seguida sus ojos en ella.

—Llega usted caída del cielo, miss Simpson. Aquí hay un hombre gravemente herido. He dicho que lo trasladasen al quirófano inmediatamente.

La mujer se acercó y se arrodilló junto a Saxon, sin preocuparse ni poco ni mucho de la posición de su falda.

—Si quiere que viva habrá que hacerle una especie de intervención de guerra, general —dijo en seguida—. No llegaría vivo al quirófano. Yo tengo aquí mi maletín con instrumentos esterilizados. ¿Le importa que le ensuciemos una mesa?

La pregunta pareció desconcertar al general. Sin duda aquello no estaba previsto en la ciudad subterránea, donde según las ordenanzas estaba previsto todo. Pero hizo en seguida un movimiento afirmativo con la cabeza.

—No, claro que no me importa. Éntrenlo, por favor.

Entre miss Simpson y yo entramos en el despacho el cuerpo flácido de Saxon, que era ya como el de un muerto. Lo extendimos sobre una gran mesa vacía que debía servir para colocar los planos de operaciones. En un santiamén le desnudé el tórax, mientras ella preparaba los instrumentos.

Realmente nadie se dio cuenta en aquellos momentos de la importancia que aquello tenía. Estábamos extendiendo simplemente a un hombre encima de una mesa cara al techo, para intentar desesperadamente librarle de la muerte. ¿Qué tenía eso que ver con lo que sucedió más tarde? Esta pregunta me iba a quitar luego el sueño durante noches enteras.

Pero en este momento nadie lo imaginó.

Sin embargo, para anestesiarle, la mujer obró sobre el terreno con una fantástica rapidez. Mientras se frotaba enérgicamente las manos con alcohol, me rogó que volviera a Saxon sobre el costado derecho, e inmediatamente le hizo un extenso corte en la zona cordial, a la altura aproximadamente del tercer espacio intercostal, siguiendo la posible trayectoria de la bala. Mientras la oí murmurar:

—No dispongo de separadores de costillas. Si la bala ha llegado hasta el

corazón, este hombre morirá de todos modos.

La vi manipular con rapidez, pero con una precisión de reloj, mientras la sangre empapaba la mesa y resbalaba hasta el suelo en gruesos regueros. Todos observábamos atentamente, con ansiedad, aquella desesperada intervención que decidía la vida de Saxon.

—Elena Simpson es uno de los mejores cirujanos de Arkansas —dijo el general en voz baja—, a pesar de su juventud. Aquí tiene asignadas las intervenciones urgentes. Podemos confiar en ella.

—¿Quién es Riley? —pregunté en voz baja también.

—Un nuevo agente encargado de la vigilancia interior. No puedo comprender eso. Debe haber sufrido un acceso de locura.

Yo pensé en el hombre que había amenazado a Saxon. En el hombre que prometió matarle porque estaba seguro de que iban a encontrarse muy pronto cara a cara. Posiblemente el hijo del hombre a quien Saxon se vio obligado a hacer morir en Siberia o en una cámara de ejecuciones rusa.

Pero nada dije. Al fin y al cabo Riley ya estaba muerto. Hasta que se esclareciera toda la verdad, mejor que pensasen que había sido un acceso de locura.

Con unas pinzas, Elena Simpson, retiró hábilmente la bala, que estaba empuñada entre dos costillas.

—Hemos tenido suerte —dijo—. Afortunadamente el proyectil no había logrado alcanzar el corazón.

—Pero Saxon ya no es joven —susurré, mirándola al fondo de los ojos.

Ella tenía los ojos azules, pero impenetrables y turbios como un mar.

—Ese es ahora mi temor —dijo.

Como si estas palabras hubiesen sido proféticas. Saxon abrió en este momento los ojos y lanzó un gemido. Su estremecimiento total me hizo comprender que había llegado el fin. Luego quedó inmóvil.

—Un síncope —dijo Elena Simpson, entrelazando los dedos—. Ha ocurrido lo peor en un momento así.

Tomó el pulso a Saxon. Aunque la situación era trágica, ella no parecía nerviosa.

Y en seguida levantó el rostro hacia nosotros.

—Ha muerto —declaró.

* * *

El general nos invitó a que saliésemos. El mismo dio ejemplo encaminándose pensativamente hacia la puerta.

Sin duda nadie había llegado a pensar que en el supersecreto puesto de mando de las Fuerzas Aéreas Estratégicas pudiera suceder una cosa así.

Salimos todos. Únicamente Elena Simpson se quedó junto al muerto, contemplándolo, como si le perteneciese.

El general cerró la puerta.

—Haga que traigan una camilla en seguida para retirar el cadáver — dijo a uno de los ordenanzas.

Este salió.

—¿Era Saxon muy amigo suyo? —me preguntó el general, con amabilidad.

—No un amigo íntimo, pero sí un buen compañero. Habíamos hecho juntos muchos viajes, e incluso me salvó la vida una vez.

—Lamento que usted no haya podido hacer lo mismo.

—El destino nos trae y nos lleva. Nosotros nada podemos evitar. —Miré hacia la puerta—. Pero, ¿por qué no saldrá Elena Simpson?

—Querrá coser la herida, supongo, y dejar el cadáver más presentable.

—Yo más bien creo que intenta algo desesperado.

En ese momento, dos ayudantes y un médico aparecieron con una camilla, entrando inmediatamente en el despacho del general.

Yo fui tras ellos, guiado por no sé qué extraño impulso.

Y lo que vi me heló por un momento la sangre en las venas.

Elena Simpson tenía en la derecha una aguja hipodérmica y una jeringuilla que debía haber contenido probablemente adrenalina, la cual había inyectado, sin duda, directamente al corazón, aplicándole también masaje. Saxon tenía ahora los ojos abiertos, respiraba... ¡y hasta yo hubiese jurado que sus labios se distendían en una sonrisa que a mí me pareció diabólica!

—Este hombre estaba bien muerto. Ahora vive— dijo Elena Simpson sin querer mirarle—. Es el primer muerto viviente que tengo ante mis ojos. El primero que ha vuelto del Más Allá.

Ya sabe usted que en esta época estamos al tanto de muchas cosas. Hemos ido a la luna. Construimos cohetes capaces de dar la vuelta al mundo varias veces en muy pocas horas. Podemos aniquilar el planeta apretando un botón. Y hasta se está ensayando el «fabricar» seres humanos no en el seno materno, sino dentro de un tubo de ensayo.

Pero en cambio no sabemos qué es la muerte.

¿Qué es la muerte?

¿Había muerto Saxon?

¿Era verdad eso de que había vuelto del Más Allá?

La técnica, cada vez más amplia, de los trasplantes de corazones, ha obligado a buscar una definición de la muerte, para que al menos se pueda estar seguro (si es que se llega a estarlo alguna vez) de que a uno no le arrancarán el corazón en vivo para dárselo a la suegra del vecino. Y así se ha llegado a la conclusión de que la muerte no se produce sólo porque se hayan interrumpido los procesos cardíacos y respiratorios. Es decir, un ser humano no ha fallecido cuando se ha parado su corazón ni cuando ya no funcionan sus pulmones o no responden sus reflejos. Un ser humano muere cuando muere su cerebro. Mientras éste conserve una capacidad de rehacerse, hay vida. Y por tanto sólo cuando en un encefalograma no se registre reacción alguna, se ha producido verdaderamente el fin.

¿Qué tiempo suele mediar entre la muerte del corazón y los pulmones y la muerte del cerebro?

Se dice que aproximadamente unos cinco minutos.

Era evidente que Saxon se encontraba en ese caso. Su cerebro no había llegado a morir. Pero, ¿no habría sido dañado irremediablemente? ¿No estaríamos ahora ante una especie de monstruo, ante una persona que ya no era la misma?

Fue eso lo que me pregunté atrozmente, mientras me sentía petrificado. Lo pensé en cuestión de segundos, y creo que a todos les ocurrió lo mismo que a mí. Nadie movió un músculo, nadie fue capaz de respirar.

Elena Simpson murmuró:

—Bueno, ¿a qué esperan?

El general Power parecía de pronto un niño desorientado. Preguntó con un soplo de voz:

—¿Esperar? ¿A qué se refiere?

—Este hombre no puede ser atendido aquí. Se ha recuperado, pero vivirá muy poco tiempo si no lo atendemos en un centro especializado. Este lugar no reúne condiciones. Hay que sacarlo de aquí y llevarlo a Omaha.

Power farfulló:

—¿A qué sitio de Omaha?

—Al Hospital Armstrong. Sólo allí pueden atenderle. En el Armstrong se encuentran los mejores especialistas del Estado.

—Pero moverlo ahora... ¡Este hombre puede morir en el camino!

—Ya ha muerto —dijo Elena Simpson con voz helada—. No importa que corra un riesgo más. Pero si quieren intentar salvarle... ¡Sáquenlo de aquí! ¡Sáquenlo de aquí en seguida!

Power asintió.

Y dijo con voz espesa:

—Usted le acompañará.

—Claro que sí. Tengo que hacer un informe. Tengo que decir lo que ha ocurrido con este hombre.

—Está bien; vamos.

—¿Nos tendremos que someter todos a los controles, general?

—Claro que sí. Eso es indispensable. En ningún caso, absolutamente en ningún caso —ni aunque Saxon fuera el presidente de los Estados Unidos—, podríamos prescindir de una formalidad así.

—¡Pero perderemos un tiempo precioso!

—Lo siento, señorita Simpson. Usted lo sabe tan bien como yo: es necesario que todo el mundo pase por la prueba.

Ella no tuvo más remedio que acceder, aunque miraba al herido con una inquietud que crecía por segundos.

—De acuerdo —dijo—, pero hágalo pronto.

Entonces me tuve que enterar de todo lo que era necesario para salir de la base.

Quedé asombrado.

Entrar era complicado, pero salir era casi imposible.

Como allí se podían conseguir informes de la mayor importancia militar con sólo comprobar los archivos o mirar los cerebros electrónicos, estaba rigurosamente prohibido que se sacara un libro, un papel, un apunte. ¡Hasta el papel de fumar estaba controlado! ¡Y uno no podía traer cigarrillos de fuera, sino que tenía que fumar los que se vendían en las máquinas automáticas de la base!

Me di cuenta de que los controles eran perfectos.

Los papeles sobrantes, así como los papeles de copias ya utilizados en las oficinas, eran quemados en una cámara especial de la base. Todos los que salían debían dejar sus papeles sobre una mesa, para ser revisados allí. Una computadora especial señalaba si el «paciente» llevaba algún papel más oculto, aunque fuera en la suela de los zapatos. Una vez revisado todo, se le devolvía. Si, en cambio, había la menor sospecha, se quedaba allí a sufrir nuevas revisiones, hasta que la duda se aclaraba.

A un posible espía le hubiera sido imposible sacar de allí los frutos de su trabajo.

Pero yo le pregunté a Power, mientras él mismo iba depositando todos sus objetos en la mesa de control:

—¿Y la memoria? ¿Para qué sirve la memoria? ¿No puedo yo recordar cualquier cosa que haya visto aquí y transmitirla luego?

—¿Qué cosa?

—Pues... por ejemplo unas fórmulas de vuelo en una de las pantallas de televisión de circuito cerrado que hay aquí.

Power me miró burlonamente.

Parecía asombrarse de que incluso un novato como yo preguntara aquellas tonterías.

—Las fórmulas son imposibles de recordar. Hemos hecho pruebas. No hay cerebro humano que pueda retenerlas. Ni una parte tan sólo.

—Pero algunas serán más sencillas...

—Las complicamos a propósito. De los diez datos que una fórmula da, por ejemplo, sólo son aprovechables tres. Para conocer cuáles son, hay que conocer también una clave que se cambia cada semana. Nadie puede recordar, por ejemplo, una fórmula de siete incógnitas. Sólo los cerebros electrónicos pueden archivarlas en su «memoria» y devolverlas luego. Si uno no apunta lo que ha visto, por ejemplo, en una pantalla de televisión, es imposible lo saque al exterior.

—Comprendo.

—Este es el lugar más seguro que existe contra todo posible intento de espionaje.

—Pero, ¿y con Saxon? ¿Van a hacer lo mismo?

—Lo mismo. Las órdenes son tajantes: Ni que fuera el propio presidente de los Estados Unidos.

Confieso que quedé impresionado. Allí no había nadie que tuviera la menor posibilidad de sacar un secreto. Cosa lógica, si se tenía en cuenta que aquella clase de secretos podían ser vitales para provocar, en cualquier momento, una *debacle atómica*.

Pero también quedé indignado, porque aquello era como condenar a Saxon a muerte. A morir por segunda vez.

¡Qué extraño resultaba este pensamiento! No podía concebir aún que yo estuviera junto a un hombre que había vuelto del Más Allá. Y que volvería al Más Allá si no nos dábamos prisa, porque su situación se iba haciendo trágica por instantes.

Elena Simpson maldecía en voz alta, dando prisa a los guardianes que realizaban el control.

Pero éstos seguían impasibles su trabajo. Ningún detalle fue pasado por alto. Nada.

Todos fuimos repasados, controlados, medidos. Caso de llevar un papel insignificante en las entretelas de nuestros trajes, hubiera sido detectado también. Más tarde habría de enterarme de que estábamos siendo

sometidos a unos detectores de celulosa. De allí era imposible sacar el menor apunte. Pero, ¿y escrito sobre la piel? ¿Escrito por ejemplo en una pantorrilla o en el dorso de una mano?

Pronto me convencí de que eso también era imposible.

Todo estaba previsto. Todo, hasta lo más insignificante.

Antes de salir, éramos situados ante unas grandes pantallas parecidas a las de una gigantesca máquina de

Rayos X. Y algo así eran en realidad, según me enteré luego.

Para unos observadores que estaban detrás, nosotros aparecíamos fotografiados sin nuestras ropas. Es decir, nuestra piel aparecía desnuda a sus ojos, como si acabáramos de salir del seno de nuestra madre. Nos veían por delante y por detrás, puesto que se nos obligaba a volvernos.

Cuando supe eso más tarde, me llenó de estupor.

Y en cierto modo de indignación.

Todo el que había visitado las partes secretas de la base era luego visto sin ropa por los funcionarios de control. ¡Incluso las mujeres! ¡Incluso Elena Simpson! Claro que a Elena Simpson eso debía tenerla sin cuidado, porque por el simple hecho de trabajar allí estaba por encima de muchas cosas. Por otra parte, debían ser muy pocas las mujeres que entraban en aquella parte de la base. Y muy pocos hombres. Yo había entrado gracias a Saxon y porque Saxon, al acompañarme, respondía por mí.

Cuando me situé ante la pantalla, sin embargo, yo ignoraba en qué situación me estaban viendo.

Repito que lo supe más tarde.

Casi todos los inspectores o visitantes que habían entrado allí —incluso alguna señorita del Congreso— se habrían ido tan satisfechos, sin saber que un par de especialistas les habían estado mirando el pompis para saber si llevaban algo escrito en él.

Cuando yo descendí de la pequeña tarima que estaba ante la cámara gigante, subió Power.

—Por Dios —susurré—, ¿no pueden darse más prisa?

—Es imposible; lo siento.

—Pero la vida de Saxon depende de un minuto...

—Y de un fallo aquí depende la vida de millones de seres. Métase esto en la cabeza, Silver, o como se llame. Está usted en una de las bases más secretas del mundo. Ignoro si los rusos o los chinos tienen algo semejante, pero si en el exterior se supiera lo que hay aquí, el país podría estar perdido. Todas nuestras fuerzas de represalia atómica podrían ser localizadas y destruidas. Estaríamos a merced de un posible enemigo. Se nos atacaría impunemente.

—Pero..., pero yo, que en cierto modo soy un desconocido para usted, he visto bastantes cosas. Claro que he venido con Saxon, pero..., ¿pero quién le dice que no soy un espía?

—Si lo fuese, ¿de qué le serviría? Además no ha visto nada.

—¿Cómo que no? Me he paseado delante de pantallas de televisión donde se reproducían fórmulas. Esas fórmulas cambiaban continuamente.

—Exacto. ¿Y sabe qué significan?

—Lo imagino. La situación de todos y cada uno de los aviones del Alto Mando Estratégico. Sus alturas de vuelo, la dirección que van a seguir... Las reservas de bombas nucleares, su situación... La situación en que se encuentran todos los submarinos con armas nucleares. La dirección prevista para los cohetes con cabeza atómica, en caso de ataque... Las zonas que vigilan las pantallas de radar... Imagino que todo eso. Es decir, lo que en estos momentos constituye todo el núcleo de defensa y represalia del país contra un posible ataque atómico.

—Exacto. Eso no hay por qué ocultarlo, puesto que hasta el enemigo lo sabe. Y al hablar de enemigo hablo de un enemigo posible, entiéndame. Que Dios nos libre de una guerra, que por ahora no es previsible. Pero ti se desencadena, lo hará en cinco minutos... y probablemente después de esos cinco minutos ya no quedaría en el país nada por destruir. Por eso nuestras pantallas de radar han de funcionar a la perfección y nuestros sistemas de represalia y defensa han de actuar al segundo. Un solo fallo, una sola neutralización por parte de un posible enemigo, sería absolutamente fatal.

Y bajó de la tarima.

Había pasado la inspección.

Entonces subió Elena Simpson.

Se la notaba muy nerviosa.

Sufría por aquel hombre que podía morir en cuestión de segundos, que podía morir de un momento a otro.

Sabía, sin duda, que desde el otro lado de la pantalla la estaban viendo sin ropas. Es decir, que estaban viendo hasta los detalles más íntimos y más seductores de su anatomía. Pero eso formaba parte de su oficio. No le importaba. Si sufría era por otra cosa.

—Dese la vuelta.

La voz sonó metálica, gangosa, a través de un megáfono que había encima de la pantalla.

Ella obedeció.

Yo miraba fijamente a Power.

—Y todos esos datos —pregunté intrigado— ¿están unidos? Por ejemplo, ¿hay alguna relación entre una pantalla de radar que vigila una determinada zona, un cohete (que cubre esa zona y un avión con bombas nucleares que la sobrevuela?

—Claro que sí. Todo obedece a unos mismos cálculos muy precisos de espacio y de tiempo. Por ejemplo, sabemos que si una pantalla de radar detecta un cohete nuclear enemigo, una serie de cohetes de intercepción han de ser disparados automáticamente, sin intervención humana, y que

una serie de aviones ya en vuelo, provistos de cargas nucleares, han de recibir orden de atacar determinadas zonas del país desde el cual se nos acomete. Todo en cuestión de segundos.

Una misma fórmula, pues, liga esos tres factores. Y otras fórmulas accesorias nos dan los detalles complementarios, como por ejemplo altura a que han de volar los aviones, su horario, su dirección, sus reservas de gasolina, etc...

—Es decir, que si un posible enemigo conociera esa fórmula, podría destruir las instalaciones de radar, los cohetes de intercepción o todo a la vez, ¿no es así?

—Exacto.

Todo aquello me parecía abrumador, pero al mismo tiempo, demasiado fantasmal.

Y es que en realidad yo venía de un mundo mucho más sencillo.

No comprendía que aquello estaba preparado para algo que no sucedía, pero que podía suceder. Y en caso de que ocurriera, la suerte del mundo podía cambiar en cuestión de minutos. Había, pues, que estar preparado.

—Yo he visto en las pantallas algunas fórmulas —murmuré—. ¿Al menos una de ellas era importante?

—Todas.

—Confieso que no puedo recordarlas —dije—. No puedo recordar ni los cinco primeros signos.

—Le bastaría con confundir uno sólo para que los restantes no le sirvieran de nada.

—Pero suponga que los hubiera apuntado. O filmado, que es más importante aún.

—Hum... Un pedazo de papel y un bolígrafo están a su alcance. Una máquina fotográfica le garantizo que no. Pero supongamos que ha conseguido apuntar las fórmulas (e incluso las variaciones de éstas, que son muchas). ¿De qué modo las sacaría de aquí? ¿Apuntadas en un papel? ¿Escritas en un cigarrillo? ¿Escritas en su piel? Imposible.

—Podía tragármelas —murmuré.

—Sí, ¿eh? Espere.

Me di cuenta entonces de que habíamos pasado una fase muy importante de los controles. Pero aún quedaba otra; aún quedaba la última.

Tras pasar una puerta, nos colocaron a todos —incluso al herido, lo cual me pareció salvaje— una especie de máscara de oxígeno. Yo no comprendí para qué diablos servía aquello. Más tarde me enteré de que la máscara colocada sobre nuestras narices y bocas era un nuevo detector. Señalaba la presencia de papel mascado o de película, o simplemente de plástico, en cualquier zona del esófago, estómago o intestinos de un cuerpo humano.

De modo que allí tampoco se podía tragar uno la información.

Era imposible sacarla.

Ni siquiera el mismo general Power hubiera podido hacerlo.

En caso de alarma, en caso de que una posible potencia enemiga atacara con cohetes nucleares a los Estados Unidos, la dirección y los datos del ataque eran dados por medio de pantallas de televisión. E inmediatamente según unas fórmulas ya preestablecidas, para no tener que perder ni un segundo pensando, se ponían en movimiento los cohetes de intercepción, las sirenas de alarma, los aviones de represalia... Sólo hacía falta consultar al presidente del país, para que él diera la orden terrible y definitiva. Todo lo demás venía ya resuelto en las pantallas de televisión que Power tenía delante de los ojos.

Estos pensamientos me atormentaban.

En lugar de darme sensación de seguridad, me demostraban en qué mundo tan frágil vivimos. Todos trabajamos, amamos, hacemos planes... y en algún lugar que ignoramos hay un teléfono rojo, un botón o un resorte desde los cuales puede precipitarse la destrucción del mundo.

Pero por pensamientos se evaporaron, gracias a Dios.

Habíamos llegado al final de los controles.

Estábamos saliendo.

Por fin Saxon podría ser debidamente atendido, si es que aún llegábamos a tiempo.

En una ambulancia nos situamos cuatro personas.

Una era Saxon, naturalmente. Estaba tendido en una camilla, sin conocimiento. De vez en cuando gemía de dolor, pero dudo que se diera cuenta de nada.

La otra persona era un vigilante armado, que ni en aquellas circunstancias quería abandonar la protección del herido. Protección, ¿para qué?

¡Lo que necesitaba era llegar pronto al hospital!

La otra persona era la doctora Simpson, que durante el trayecto siguió administrando tónicos al moribundo.

Y por fin estaba yo.

Yo, que me sentía pequeño y miserable.

La verdad era que estaba indignado conmigo mismo.

¿Por qué me fijaba solamente en la mujer? ¿Por qué estaba tan obsesionado con la doctora Simpson? ¿Por qué mi mirada iba sin que pudiera evitarlo a sus piernas, que ella mostraba generosamente? ¿Por qué la estaba deseando de aquel modo? ¿Es que yo era un perro en celo? ¿No tenía nada mejor en qué pensar?

Pero no podía evitarlo.

¡Ella era tan tentadora, incluso dentro de una ambulancia!

Era tan... tan...

En fin, ponga usted lo que quiera. Seguramente ha conocido a mujeres

así. Ha conocido a mujeres obsesionantes. Ha conocido a chicas ante las que uno se olvida de la vida y de la muerte.

En una situación parecida me encontraba yo.

No me di cuenta de que llegábamos al hospital Armstrong.

El hospital Armstrong se encuentra a poca distancia de Omaha, y ocupa una pequeña extensión sembrada de abetos enanos. Parece una simple residencia de descanso, pero es uno de los centros clínicos más eficaces y completos que existen. Una vez allí, el herido fue conducido inmediatamente a la sección del doctor Marcus.

Yo había oído hablar del doctor Marcus.

Un médico joven, ambicioso, brillante.

Uno de esos hombres que llegarán lejos a costa de lo que sea. Y que saben cómo llegar. Estaba considerado uno de las mayores autoridades mundiales en cirugía torácica. No hacía trasplantes de corazón, sino algo más difícil al parecer: salvaba a los hombres sin trasplantar nada.

Era un hombre que en apariencia lo tenía todo: juventud, dinero y fama.

Sin embargo bastaba verle para comprender que no era feliz.

Tenía una mirada huidiza, casi dolorosa.

Yo recordaba algunas cosas de él. Y no sé por qué maldita asociación de pensamientos me puse a recordarlas entonces, justamente entonces. Yo recordaba que Marcus, pese a su fama, había sido expulsado temporalmente del Colegio de Médicos porque el único trasplante que realizó lo había hecho empleando órganos de una persona aún viva. Desde entonces tenía prohibido realizar ningún trasplante más; y él no los realizaba. Seguía las normas de la cirugía clásica.

Creo que, sin embargo, aquello había deshecho su vida.

Su autoridad moral era discutida. Estaba en el hospital Armstrong de Omaha cuando debía haber estado en la Clínica Mayo (1) o en otra de categoría parecida. Pero en la Clínica Mayo y en otras similares no le querían de momento. Supongo que eso hacía que Marcus tuviera un permanente complejo de inferioridad y hasta de resentimiento.

Pero eso no me importaba.

El iba a salvar a Saxon.

Me indicaron que esperara en una de las salas mientras se realizaba la segunda operación.

Y entonces hice algo que no debía.

¿Qué hice?

Bueno, supongo que bastantes de ustedes sabrán disculparme.

Me puse a pensar en las piernas de Elena Simpson. Y en las de Bettina Nobel (unas piernas que no quiera usted saber). Y en las caderas de Norma Lane, la negrita (unas caderas que no quiera usted saber). Y otra vez en las piernas de Elena Simpson.

En fin, no quiera usted saber.

Es mejor.

(1) La clínica Mayo es una de las más famosas del mundo, y está especializada en enfermedades cardíacas, especialmente las que afectan a las válvulas coronarias (N. del A.).

CAPITULO VII

No sé cuánto tiempo había transcurrido.

Yo había perdido el sentido del tiempo.

¡Me parecía todo tan lejano, tan confuso, tan difícil!

Mientras estaba allí no ganaba un centavo, perdía el tiempo. Mi editor tendría derecho a llamarme todas las cosas fuertes que le vinieran a la boca. Mis ideas eran más confusas cada vez.

Entonces se abrió la puerta.

Entró Elena Simpson.

Ella no pudo imaginar nunca cómo se lo agradecí.

Era la única visión luminosa en aquel momento de desorientación, de fatiga, casi de angustia.

Se sentó frente a mí, y como otras veces no se preocupó de la posición de su falda.

Parecía también cansada, abrumada por algo que no me había explicado aún.

—¿Ha muerto? —susurré.

—No. Incluso está mejor de lo que esperaba. Nadie se lo explica.

—Tú le has salvado la vida. Si él aún está entre nosotros se debe exclusivamente a ti.

Noté que aquel elogio —que por otra parte era sincero— no le producía el menor efecto.

Estaba preocupada por otra cosa.

—¿Qué te ocurre? —musité.

—El doctor Marcus está hecho una furia.

—¿Por qué?

—El quería realizar una segunda operación. Yo debía ayudarle, puesto que sabía cómo había sido realizada la primera. Sin esa operación, según él, no hay posibilidades de que Saxon viva. En cambio el doctor Wallace ha opinado que no. Y su criterio se ha impuesto. Ha llegado a insultar a Marcus. Ha sido penoso, vergonzoso casi. A Marcus le tienen arrinconado. No le conceden crédito. El caso es que Saxon ha sido sometido sólo a un tratamiento externo.

A mí, la verdad, los problemas de Marcus me importaban poco.

Lo único que me importaba era Saxon.

—Pero el herido responde bien, ¿no?

—Perfectamente... por ahora.

—¿Quién es el doctor Wallace?

—Parece mentira que no hayas oído hablar de él.

—Sí... —recordé tras unos instantes de reflexión—. Ese nombre me viene a la memoria. Es una autoridad mundial en cirugía torácica, al igual

que Marcus.

—Enemigo de Marcus, querrás decir. Fue él uno de los que votaron para que fuese expulsado temporalmente del Colegio de Médicos.

—Sí, ahora le recuerdo todo. Pero Wallace, ¿no tiene su despacho en Nueva York?, ¿no? ¿Qué hace aquí?

—Estaba por casualidad dando un cursillo en Omaha. Y ha venido al hospital Armstrong al saber lo ocurrido.

Imagino que a Marcus le habrá sabido eso como... bueno, como una patada allí mismo.

—Sí, pero ha tenido que aguantarse. Wallace está mucho mejor considerado en el Colegio de Médicos. Y he de reconocer que Saxon responde al tratamiento.

—¿Puedo verle?

—No, todavía no.

—¿Qué vas a hacer tú, Elena?

—Quiero descansar. Lo necesito.

—¿Puedo acompañarte?

Se encogió de hombros.

¿Por qué no?

Nunca había visto una mujer tan fácil.

Tan increíblemente fácil.

Y tan bonita.

¿Ustedes qué hubieran hecho?

Bueno, yo la seguí.

Fuimos a su apartamento, que estaba en Lavilla Bulevar, en las afueras de la ciudad. Era un apartamento pequeño, pero magníficamente amueblado, en un edificio de gran lujo. Elena Simpson debía recibir de vez en cuando visitas masculinas, porque el conserje no se sorprendió en absoluto. Ni me miró siquiera. Eso halagaba muy poco mi vanidad masculina. Yo no iba a ser el único, a lo que parecía. No, ni mucho menos.

Pero... ¡al diablo la vanidad masculina!

Yo sólo estaba pensando en lo bonita que era Elena Simpson.

Y seguí pensándolo mientras cerraba a mi espalda la puerta del departamento. Y mientras la estrechaba entre mis brazos. Y mientras la besaba. Y mientras...

Bueno, quizá esta vez me esté precipitando. Ese «mientras» no significa gran cosa.

Yo, simplemente, la estaba besando.

Y pensando solamente en ella.

Hasta que la muerte llegó a mí. Hasta que la muerte me habló. Hasta que el Más Allá estuvo a punto de entrar en mi cabeza.

CAPITULO VIII

Todo sucedió instantáneamente.

Fue como un ramalazo de aire, como un soplo. Incluso unas décimas de segundo después yo dudaba de que aquello hubiera existido. Pero existió. Vaya si existió...

Yo me había inclinado inesperadamente sobre Elena Simpson. Lo de «inesperadamente» es una forma de explicarlo. Quiero decir que hice un gesto brusco. Estaba como enloquecido. Sólo pensaba en sus labios, en sus fantásticos labios que estaban tan cerca.

Y entonces sonó aquel «clic» en el cristal junto al cual nos hallábamos los dos.

Fue instantáneo.

Sentí entonces la quemadura en la nuca.

Inmediatamente me di cuenta de que aquello era la muerte. La bala me había rozado solamente. Unas milésimas de pulgada más a la derecha y me hubiera atravesado el bulbo raquídeo, dejándome más seco que una momia egipcia. Y aquello era fatalmente lo que hubiese ocurrido si yo no llego a hacer aquel movimiento inesperado, aquel movimiento brusco que la persona que me estaba apuntando no aguardaba de ninguna manera.

No hace falta decir lo que hice a continuación.

Me lancé a tierra, arrastrando a Elena Simpson.

Y desde la alfombra los dos miramos atónitos la ventana donde se marcaba un agujero redondo. Nada más se había roto allí. Los cristales eran inastillables como los de un coche. El orificio me pareció correspondiente a un proyectil del «45». La bala había terminado por empotrarse en una pared, después de rozar mi cabeza.

Elena Simpson estaba muy pálida.

Yo diría que mortalmente pálida.

—Han tratado de matarnos... a uno de los dos —susurró.

Yo gateé hasta la ventana.

Y en aquel momento sonó el teléfono.

Ella gateó también, hasta descolgarlo ansiosamente. El teléfono estaba a su alcance, sobre una mesita del living en que nos encontrábamos. Ella debió pensar lo mismo que yo: que había alguna relación entré el disparo y aquella llamada.

Pero en seguida una mueca de desencanto se reflejó en sus facciones.

—No —dijo—, no es este número. Se equivoca.

Y colgó.

—Bonita coincidencia —dijo—. Y en un momento así... Alguien que preguntaba por un vecino.

—¿Vas a llamar a la policía? —bisbiseé.

—Creo que debemos hacerlo, ¿no?

—Espera.

Miré por encima del borde de la ventana, siempre andando a gatas. Y usé todas las precauciones del mundo, porque la persona que había disparado podía estar apuntándome aún.

Sólo asomé hasta los ojos.

Pero ya no ocurrió nada. Algo me dijo que el momento de peligro había pasado. Sólo vi los árboles, algunos de ellos muy altos, del parque que había enfrente del edificio.

Sólo habían podido dispararnos desde uno de aquellos árboles.

O quizá desde más lejos aún. Quizá desde la grúa de un edificio en construcción que se divisaba a unas doscientas yardas.

En todo caso, no se veía a nadie.

Todo había sido como el soplo de la muerte enviado por un fantasma.

Todavía en el suelo, me pasé una mano por la nuca, con expresión que no era precisamente de agrado. Pero no había ocurrido nada. Sólo la sensación de quemadura y unos cuantos cabellos segados por la bala. Ni sangre siquiera.

—Soy un tipo de mala suerte —dije.

—¿Aún llamas mala suerte a esto? Te has salvado por milagro.

—Yo hablo de otra cosa.

—¿De qué?

—Cuerno, tú misma dirás si no es mala pata. En Nueva Orleans, una negra que estaba como un tren, me llevó a su apartamento. ¿Crees que hicimos algo? No. Porque en su apartamento había un cadáver.

Ella guardó silencio.

Me miraba fijamente, con sus piernas muy... bueno, muy así y así. Pero yo ya no las miraba. Estaba fastidiado. Sabía que ya no iríamos a ninguna parte.

—Otra chica, esta vez blanca, y que también estaba como un tren, me llevó a su apartamento en Omaha —continué—. Estoy hablando de Bettina Nobel, no sé si la conoces. Bueno, pues también había un cadáver allí: su ama de llaves. Naturalmente, la cosa terminó como puedes imaginar. Ni rozarle la mano siquiera.

Volví a pasarme la mano por la nuca.

—Y ahora lo que faltaba —terminé—. Tú eres quizá la más bonita de las tres. Me dejas acompañarte a tu apartamento. ¿Y qué ocurre? Que el muerto estoy a punto de serlo yo. Está visto que no voy a recibir más que tortazos. No voy a volver a mirar a una mujer. Cada vez que pongo los ojos en una, muere alguien.

Elena despegó los labios haciendo una indefinible mueca.

—Pero eso hemos de averiguarlo, Silver —susurró—. Hemos de saber por qué cada vez muere alguien.

Y descolgó el teléfono.

¿Piensa usted que lo hizo para que nos subieran una botella de champaña?

No. Lo descolgó solamente para llamar a la policía.

CAPITULO IX

Si digo que aquella noche estaba reventado, nadie se extrañará. Pueden ustedes creerme: lo estaba. Después de lo sucedido en la base, después de haber estado a punto de morir, después de haberme chafado las narices en el asunto de Elena Simpson (a la que sólo había conseguido besar, y no a gusto), los interrogatorios de la policía fueron interminables. Me tuvieron horas y horas haciéndome repetir cosas. Una serie de técnicos en balística examinaron la habitación, tratando de calcular el ángulo de la bala. Al fin decidieron que ésta había sido disparada desde la grúa del edificio en construcción, donde justamente a la hora en que todo aquello sucedió, no trabajaba nadie.

Esa fue toda la conclusión a que pudo llegar la policía.

Ni idea de quién había sido.

Pero al menos había una cosa clara: el culpable no era yo.

Por eso me dejaron en libertad al anochecer, pidiéndome, eso sí, que no me alejase de Omaha.

Les obedecí. Todo lo más que me alejé, fue hasta las inmediaciones del hospital Armstrong.

Seré más exacto.

Llegué hasta la habitación en que se encontraba Saxon.

Y allí me tropecé con el horror. Allí me tropecé con algo que no podía ni imaginar. Allí me tropecé con la muerte misma.

* * *

Me explicaré.

Temo que alguien pueda haberse confundido. Temo no haberme explicado claramente. Por eso lo contaré con detalle. Lo contaré tal como sucedió, punto por punto, aunque parezca inexplicable

En la puerta de la habitación de Saxon encontré a la policía. Era natural, puesto que se había abierto una investigación y el herido gozaba de la protección policial, aunque dudo mucho que eso le importase ahora.

Sólo el personal médico —y además personal médico controlado— podía entrar en la habitación.

El agente me pidió la documentación.

Ya le habían informado de que yo era uno de los testigos de los sucesos de aquella mañana. Me dijo que no podía hablar con Saxon, puesto que éste no había recobrado el conocimiento. Pero que podía verlo. Esa era lo único que estaba permitido.

—Y además, le acompañaré —dijo—. No puedo dejar al herido solo con nadie, excepto con el personal sanitario.

—¿Temen que lo maten?

—Todo es posible. En todo caso a mí no me importa. Las órdenes que he recibido son estrictamente ésas, y yo me limito a cumplirlas a rajatabla.

—¿Saxon se encuentra mejor?

—No lo sé. Creo que no ha recobrado el conocimiento. Eso nos lo dirá la enfermera que ha entrado hace unos minutos..

—¿Aún está ahí?

—Sí.

Y empujó la puerta.

Entramos los dos.

Yo delante.

Y mis ojos temblaron. Sentí como una náusea. De pronto todos los objetos empezaron a dar vueltas en tomo mío.

Y no fue por miedo. Fue porque estaba perdido en un mundo en el que nada tenía sentido. Fue porque me parecía hallarme delante de un abismo. Porque sentía vértigo.

La enfermera estaba allí.

Había sido muy bonita.

Y digo que *había sido* porque ahora ya no lo era. Ahora ya no era nada. Ahora estaba muerta.

* * *

Me estremecí.

El policía también se había estremecido. Pese a su experiencia, debía sentirse abrumado. También él debía sentir vértigo. Fue a lanzarse hacia la enfermera.

Susurré:

—Espere.

Yo también quería ver aquello. Nos acercamos los dos. Y los dos vimos a la vez la causa de la muerte de aquella muchacha.

Tenía una aguja clavada en la nuca. Le había atravesado el cerebelo de parte a parte, causándole la muerte instantánea, como si hubiera sido una res apuntillada.

Era una aguja larga, muy larga. Una de las que se emplean para punciones lumbares.

Un instrumento muy lógico en la habitación de una clínica. Pero..., ¿pero quién lo había manejado?

Fue entonces cuando sentí el horror llegar hasta el fondo de mis huesos.

Tenía..., tenía que haber sido Saxon!

Pero eso era increíble. Saxon estaba sin sentido. Respiraba afanosamente. Sus brazos sin fuerzas le caían a lo largo del cuerpo.

No podía creerlo, y por eso le pregunté al agente:

—¿Nadie más ha entrado aquí?

—Na... nadie.

—¿La enfermera llevaba esa aguja para punciones lumbares?

—Sí, seguro que la llevaba. Yo le he hecho enseñar todo el material antes de franquearle la entrada.

—Entonces...

—¡Entonces eso significa que la ha matado él! —farfulló el agente.

Sin duda estaba pensando lo mismo que yo. Pero aún intenté negarme a la evidencia. Aún traté de evadirme de aquel clima de pesadilla; buscar otra explicación.

—Puede haberse suicidado —sugerí.

—¿De esa manera?

—Pudo haberse clavado la aguja en el cerebelo ella misma.

—¿Y quedarse con esa cara?

Yo mismo hube de reconocer que no.

La cara de la muerta reflejaba una sorpresa brutal. Una sorpresa que duraba más allá de la muerte. Ella no había esperado aquello; no lo había provocado. La muerte llegó brutalmente, por sorpresa. No podía haber sido una suicida.

El agente susurró:

—He de pedir ayuda.

Y descolgó el teléfono. Se puso a hablar nerviosamente. El tío estaba nervioso, terriblemente nervioso. Sus palabras recordaban los disparos de una ametralladora.

Yo, mientras tanto, me incliné sobre el herido.

Sentía algo que no podía explicar.

¡Sentía miedo de Saxon!

Y entonces vi que él abría los ojos. Hacía un esfuerzo terrible para abrirlos. Sus ojos casi transparentes me miraron. Eran unos ojos donde se leía la muerte.

La muerte, ¿y algo más?

¿No había en ellos una chispita malévola? ¿No palpitaba en ellos una chispita de locura?

¿Era el mismo Saxon el que me estaba mirando? ¿O alguien que..., que había venido del Más Allá?

—Silver... —musitó—. Silver...

Me había reconocido.

Yo escuché su voz, pero el policía no pudo escucharla. Seguía hablando como una ametralladora. Su voz ahogaba la del herido. Sólo yo pude captarla porque estaba muy cerca.

Y entonces Saxon me dijo algo más.

O tal vez intentó decirlo.

Sus labios se movieron.

Pero esas palabras ya no las capté. Me había alejado un poco, dominado por una oscura sensación de horror. En aquel momento el policía gritó más y colgó secamente. Las palabras se ahogaron.

Y entonces la cabeza de Saxon cayó a un lado. Sus ojos se cerraron de nuevo.

El agente farfulló:

—¿Ha muerto?

—No. Ha vuelto a perder el sentido.

—¿Es que lo había recuperado antes?

Me miraba con suspicacia. Trataba de saber si yo había captado alguna palabra del herido. Si estaba enterado de algo que todavía ignoraba él.

No sé por qué mentí.

Algo oculto me lo aconsejó. Algo que aún no comprendía.

—No, no ha dicho nada —musité.

—Me había parecido que...

—¿Que hablaba? No, amigo, está equivocado. Solamente se ha quejado unos momentos antes de perder el conocimiento otra vez.

—He llamado al inspector Laguna. Está de servicio abajo, en la planta baja. Laguna es uno de los mejores detectives que tenemos en Omaha.

Lo había oído nombrar. Laguna era hijo de mexicanos. Había resuelto algunos casos difíciles a base de paciencia y de astucia, pero me pareció que no podría resolver éste.

Yo volvía a sentir otra vez el vértigo.

Miraba como obsesionado a la enfermera y aquella aguja que salía de su nuca. Aquella aguja rutinaria en una clínica me parecía un instrumento horrible.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Quizá fueron un par de minutos, pero a mí me parecieron una eternidad.

Al fin entró Laguna en la habitación.

Era un hombre alto, delgado, de facciones ligeramente oliváceas.

Quedó como paralizado al ver allí el cadáver de la enfermera. Tampoco entendía nada. Y cuando el pensamiento de que podía haberla matado

Saxon pasó por su mente, supongo que lo entendió menos aún.

—Dios santo... —dijo—. Dios santo...

Se inclinó sobre la muerta, en un breve examen ocular.

Luego preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Va a escucharlo, teniente. Es algo absurdo, increíble. Pero por fuerza ha tenido que matarla él.

—¿Ese?

—Sí. El moribundo.

—¡Eso es imposible!

—¡Claro que lo es! ¡Diablos! ¡Es imposible, ya lo sé! ¡Pero ha sucedido! —El policía se iba exaltando—. Cuando la enfermera entró, no había nadie en la habitación, de eso estoy seguro. Tampoco pudo entrar nadie por la ventana, puesto que está cerrada por dentro. La enfermera me dijo que iba a hacer una cura rutinaria. Llevaba instrumental quirúrgico. Bastantes cosas... Mire, ahí está.

En efecto, una bandeja con material estaba caída en el suelo. Me di cuenta de que había de todo: agujas, bisturís, tijeras, gasas... ¡hasta anestésicos! Había incluso demasiadas cosas. Daba la sensación de que, más que a una cura rutinaria, iban a someter a Saxon a una verdadera operación.

Laguna debió adivinar mis pensamientos, porque dijo:

—Las enfermeras suelen llevar cacharos de ésos de un sitio a otro. Quizá venía de alguna otra habitación. Siga, agente.

El policía introdujo las manos en los bolsillos con un gesto maquinal.

—Bueno, ahí termina lo que he visto, teniente. La enfermera entró en la habitación y yo aguardé. No oí nada. Ni una queja, ni un grito. Luego vino ese hombre —y me señaló a mí—. Fue entonces cuando lo descubrimos todo.

Laguna me miró.

—¿Piensa en un suicidio, Silver?

—Usted está deseando que diga que sí, ¿verdad?

—Sí. Lo estoy deseando porque de otro modo sería horrible.

—Pues me temo que no es ésa la situación —musité—. Más vale que nos atengamos a realidades, por horribles que sean. Mire la aguja. Si se la hubiese clavado ella, ¿qué ángulo tendría?

—Probablemente de arriba abajo —murmuró él—, y en cambio ahora está completamente recta. Da la sensación de que la haya clavado otra persona. Y además esa cara de sorpresa, esa cara de horror...

—Está pensando lo mismo que yo, teniente.

Laguna dio unos pasos por la habitación.

Parecían anonadarle sus propios pensamientos.

Al fin masculló:

—Ya avisaré al forense y a los fotógrafos dentro de unos minutos. Salga. Salimos y fuimos a una de las salas de los médicos. Me di cuenta de que había otro agente en la puerta. Ahora los agentes habían salido de todas partes.

Laguna se sentó y me ofreció un cigarrillo.

—¿Usted es amigo de Saxon?

—Lo soy, aunque no un amigo íntimo.

—¿Qué concepto tiene de él?

—Inmejorable. Es un hombre que tuvo que vivir situaciones imposibles, pero siempre salió de ellas con dignidad. Envío a la muerte a muchos enemigos y tal vez hubo de enviar también a la muerte a algún amigo. Jugó el papel de verdugo porque le correspondió; pero en caso de haber tenido que jugar el papel de víctima, lo habría hecho con la misma serenidad y sin formular una queja.

—Su cabeza, ¿rige bien?

—Hasta ahora sí.

—Exacto: hasta ahora.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Me he enterado de lo ocurrido. Sé que pudo interrumpirse durante unos segundos el riego de sangre al cerebro.

—En efecto, eso es innegable.

—Me han dicho que usted tiene algunos estudios de criminología, Silver. ¿Sabe lo que eso significa?

—Que parte del cerebro puede haber sido dañado. O tal vez destruido definitivamente.

—Así es. Bastan unos segundos para que ese resultado fatal se produzca. El hombre que está en esa habitación puede no ser el mismo que usted conoció. Puede ser ahora un loco terriblemente peligroso. Puede ser...

Hizo una breve pausa y añadió, dejando caer las palabras una a una:

—Puede ser un monstruo...

CAPITULO XI

Cuando salí del hospital Armstrong, me sentía mareado.

El vértigo era atroz. Me daba miedo cruzar la calle. Y me alegré de no tener coche en Omaha, porque caso de verme obligado a conducir, habría acabado estrellándome contra una farola.

Tomé un taxi y me hice conducir a un hotel modesto. No tenía dinero para lujos. Claro que me hubiera gustado dormir, por ejemplo, en el apartamento de Bettina Nobel. ¿Pero quién pensaba en eso ahora? Después de ver a la enfermera muerta, ¿quién pensaba en una mujer bonita?

Laguna me había ordenado:

—Telefonee cuando llegue. Dígame dónde va a dormir.

Disqué el número del hospital Armstrong y pregunté por él. Desde luego, Laguna aún estaba allí.

—Me hospedo en el Newport —dije—. Es un hotel modesto. Supongo que lo conoce.

—Sí. Y tenga cuidado con las chicas.

—¿Qué chicas?

—Siempre puede encontrarse con alguna... Pero no se meta en líos, Silver.

—Tiene gracia. ¡Para conflictos estoy ahora!

—¿Va a moverse de ahí?

—No.

—Antes he olvidado preguntarle una cosa. ¿Qué opina de Bettina Nobel?

—¿Y por qué tengo yo que opinar?

—En su casa se cometió un crimen.

—Sí, pero ella sólo estuvo presa un día. Luego la soltaron.

—Claro que sí —dijo el teniente—; no había pruebas contra Bettina Nobel. El crimen hemos llegado a la conclusión de que lo cometió una persona desconocida. ¿Pero usted qué piensa?

—Eso. Que lo cometió una persona desconocida.

—No me ha servido de gran ayuda, Silver. En fin, adiós.

Fue a colgar. Yo casi grité:

—Un momento, Laguna.

—¿Qué hay?

—¿Cómo se encuentra Saxon?

—Bien. No ha recobrado el sentido aún. Ni creo que lo recobre en muchas horas, porque el médico le ha inyectado un calmante para que duerma.

—¿Qué médico?

—Wallace.

—¿Y el doctor Marcus?

—Por el momento no ha dicho nada. Marcus forma parte del equipo de facultativos que atienden a Saxon, pero creo que es Wallace el que lleva la voz cantante. ¿Tiene eso alguna importancia para usted? ¿Le interesa?

—No —dije.

Y colgué.

Me tumbé en la cama porque deseaba no pensar. Tenía miedo de volverme loco. Lo que necesitaba ahora era una botella de ron.

Y la pedí por teléfono.

Una hora después, la botella y yo dormíamos profundamente.

Yo sobre todo.

* * *

No sé cuántos días transcurrieron así.

¿Cuatro? ¿Cinco?

Había perdido la noción del tiempo.

Esa breve etapa de mi vida forma parte de mis recuerdos más confusos y angustiosos. Casi diría que forma parte de mis recuerdos más miserables. Yo era una especie de pingajo que no se movía de su habitación, que consumía cantidades increíbles de ron y de whisky y que de vez en cuando, para despabilarse, se daba una ducha. No recibía noticias de nadie. Simplemente Laguna me llamaba cada tarde para cerciorarse de que yo aún seguía allí.

Yo me limitaba a decir:

—Estoy aquí. Y no pienso moverme.

Pero la última tarde le pregunté:

—¿Y Saxon?

No le había preguntado antes por un sencillo y elemental temor: porque estaba seguro de que me diría que Saxon estaba ya muerto.

Pero en lugar de eso murmuró:

—Ha mejorado.

—¿Se salvará?

—Los médicos dicen que sí. Es increíble su fortaleza. De todos modos, no se le deja solo ni de día ni de noche, por si ocurre algo.

—¿Ha... hablado?

—¿Se refiere a si ha hablado del crimen?

—Eso..., eso es.

—Sólo dice frases incoherentes. Me temo que no recuerde absolutamente nada. Todo lo que dice lo recogemos en cinta magnetofónica y luego lo escuchamos una y otra vez. Pero no hay dos palabras que tengan sentido.

—¿Me está diciendo la verdad, teniente?

—Sí, ¿por qué iba a ocultársela?

—Y ustedes. ¿Le han hablado del asesinato?

—¿Cómo íbamos a hacerlo? En su estado no nos entendería. Físicamente está bien, pero su mente no funciona. Créame: *hay en ella algo horrible*. Además, los médicos nos han prohibido rotundamente que le causemos la menor emoción.

—Comprendo.

—Adiós, Silver, le volveré a llamar mañana.

—Adiós, teniente.

Me volví a tender en la cama y me abracé de nuevo a la botella de ron.

No sé cuánto tiempo dormí esta vez.

¿Minutos? ¿Horas?

No sabría decirlo. Lo cierto fue que tuve un despertar muy extraño.

Uno de los más extraños e inquietantes de mi vida.

* * *

Y tan inquietante...

Lo que me despertó fue un contacto duro en la sien derecha. Abrí primero un ojo y luego otro. Procuré no precipitarme.

Sabía que aquello era un revólver.

No comprendía quién podía desear mi muerte, que al fin y al cabo, en todo aquel asunto, no había hecho daño a una mosca. Pero lo cierto era que me estaban encañonando.

Miré.

Y lancé un respingo.

Por las plumas de cien mil buitres... El hecho de que a uno le apunte una chica así no es una tragedia, sino una gloria. Ni aunque me estuviera apuntando con un cañón... De pronto me sentí transportado al mejor de los mundos.

Se me pasó la borrachera.

—¿Quién eres? —murmuré.

—Soy yo la que hace preguntas. Levántate. Y pon las manos sobre la nuca poco a poco.

Yo estaba vestido. Al menos llevaba pantalón y camisa. Claro que me había quitado los zapatos, y sin ellos me sentía ridículo.

La chica era muy alta.

Y muy... ejem. Bueno, la muchacha tenía de todo. Tenía caderas, tenía delanteras, tenía retaguardia. Ponga usted lo que quiera. No era como uno de esos *spaghettis* que se estilan ahora. Era una mujer de verdad. Para anunciar prendas interiores no hubiera tenido precio.

Su revólver era un «45».

¿Era acaso la misma persona que me disparó cuando yo estaba con

Elena Simpson?

Imposible saberlo de momento. Lo que hice fue mirarla nerviosamente. Y pronto me di cuenta de que ella estaba tan nerviosa como yo.

—Te he buscado por toda la ciudad —dijo—. Hasta hace unos minutos no he podido averiguar que estabas aquí.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Tú eres un tipejo que pudo haber matado a mi amiga Sandra.

Sandra era la enfermera muerta en la habitación de Saxon. Aunque salí de allí sin saber su nombre, lo recordaba por haberlo leído luego en los periódicos. Lo que no entendía era la relación que pudo tener aquella chica con ella. ¿Su amiga? ¿Y qué?

—Era casi mi hermana —dijo nerviosamente.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He dicho al conserje que era amiga tuya. Le he enseñado hasta un poco más arriba de la rodilla. Y el tío no ha subido en globo porque no lo tenía.

—¿Tú crees... que yo hice algún daño a Sandra?

—He leído en los periódicos que tú fuiste el último que entró en la habitación.

—Los periódicos han publicado algunas cosas que no eran exactas. Por ejemplo, es verdad que yo entré el último en la habitación, pero lo hice con el policía. Y para entonces tu amiga estaba ya muerta.

—Quiero que me digas exactamente lo que ocurrió. He venido desde Chicago sólo para averiguarlo.

—Si vives en Chicago, no me extraña que leyeras alguna noticia que no era rigurosamente cierta. Algunas veces las agencias de información, al redactarlas y transmitirlas, alteran sin darse cuenta pequeños detalles.

Empezaba a sentirme más calmado. Me daba cuenta de dos cosas. De que la chica que tenía enfrente había sido enormemente amiga de Sandra. «Casi hermanas», había dicho. Y de que no confiaba en la policía. Quería averiguar la verdad por sí misma. ¿Pero por qué no se fiaba de la policía? ¿Por qué obraba por su cuenta y poniéndose al margen de la ley?

Ella pareció adivinar mis pensamientos cuando susurró:

—Te extrañará esto, pero no me fío de la policía. Sandra había denunciado una vez a cierto individuo de la Mafia. Puede ser la Mafia la que la haya ejecutado, y en esos casos la policía finge intervenir, pero no interviene. Hay polizones que también pertenecen a la organización.

—Estás equivocada, preciosa. No ha sido la Mafia. Ha sido algo mucho más sencillo y al mismo tiempo mucho más horrible.

—¿Qué quieres decir?

—Ha sido obra de un loco.

—¿Qué loco?

Fui a decírselo, pero no me atreví. Al fin y al cabo mis sospechas podían

no ser ciertas.

—¿Qué hora es? —pregunté inesperadamente, porque había perdido la noción del tiempo.

—Las diez.

—A esta hora todavía hay abiertos algunos restaurantes. Te invito a cenar.

Aquella proposición tan normal, pero tan extraña dadas las circunstancias, la hizo parpadear.

Y lo curioso fue que no me dijo que no. Estaba desconcertada, deshecha. Yo imaginé a la pobre muchacha enterándose desde Chicago de la muerte de su mejor amiga. La imaginé viniendo tal vez en tren, porque el tren es más barato. Y pensando quién sabe qué cosas misteriosas acerca del asesinato, acerca de complicidades de la policía y acerca de la Mafia.

Ahora, de repente, se encontraba con que todo podía ser obra de un loco desconocido.

—Necesito tomar un poco de aire puro —dijo.

Y bajó su revólver.

—Me he visto metido en el asunto sin querer —le dije para terminar de tranquilizarla—. Yo también, en cierto modo, soy un sospechoso. Los de la bofia me han prohibido que me marche de Omaha. Quizá entre los dos podamos aclarar algo. Ven, acompáñame.

Me puse los zapatos y la americana y salimos. La verdad fue que me noté más animado. Otra vez volvía a sentir ganas de vivir. No se despierta uno todos los días teniendo al lado una chica así, aunque sea armada con un revólver.

A poca distancia del hotel había un restaurante no demasiado caro. Yo había ido algunas veces a cenar allí. Nos sentamos y pedí unas cuantas cosas para impresionarla y para quedarme arruinado. Ella había guardado el revólver en el fondo del bolso. Parecía haberse olvidado completamente de él.

No sé por qué, pero esa noche yo estaba inspirado.

Era una de esas noches en que a uno le salen las palabras con facilidad. En que todo tiene un aire distinto. Una de esas noches en que uno conquista a una mujer casi sin darse cuenta.

Confieso que en ese aspecto no suelo tener lo que se dice buena suerte.

Pero esta vez todo me salía bien.

Irina —porque se llamaba Irina— empezó poniéndose alegre. Luego me entregó su confianza. Me contó su vida. Pude enterarme así de que era una chica solitaria, triste, ansiosa de que alguien la comprendiera.

¿Solitaria y triste con todo lo que tenía debajo del vestido? Bueno, a veces pasan cosas así.

Cuando terminamos de cenar, se había creado un buen clima entre los dos, y por eso no me sorprendió que me dijera que no tenía elegido sitio

para ir a dormir. Y tampoco me sorprendió —aunque sí algo más— que aceptara la invitación para compartir mi cuarto.

Regresamos al hotel. Ya en la puerta, ella murmuró:

—¿Has comprado los periódicos de la noche?

—¿Por qué? ¿Crees que van a decir algo sobre Sandra? Ese es un asunto que ha perdido actualidad. Ya no hablan de él.

—De todos modos cómpralos, por favor. Te lo agradeceré.

No era cuestión de defraudar a la chica en un momento tan crítico, y menos por un detalle tan pequeño.

De modo que caminé un par de bocacalles en busca de un almacén donde vendían periódicos y que no había cerrado aún. Antes le di la llave y le pedí que me aguardara en la habitación.

Tardé cinco minutos. Fueron cinco minutos que se me hicieron angustiosamente largos.

Me estaba aguardando una chica cañón.

Yo iba a tener suerte.

Ya era hora de que, después de tantos disparos y balas rozándome la cabeza, las cosas me empezaran a salir bien.

El conserje me guiñó un ojo.

Supongo que el tío me maldecía por dentro. Supongo que el tío me hubiera puesto en escabeche para poder ocupar mi lugar. Pero no podía.

Que se tocara las narices.

Entré en la habitación, canturreando alegremente.

Y entonces la vi.

Entonces la vi como no hubiera querido verla nunca...

CAPITULO XII

Era muy bonita.

Ahora me di cuenta plenamente. Ahora me di cuenta, cuando ya resultaba demasiado tarde para todo, de lo endiabladamente bonita que era.

Tenía, sobre todo, unas piernas maravillosas.

No le preocupaba enseñarlas en toda su extensión.

¿Cómo iba a preocuparle, después de todo?

El espectáculo macabro me hizo boquear.

La habían matado de una seca puñalada al corazón. Estaba brotando muy poca sangre. Incluso, mirándola superficialmente, daba la sensación de que Irina no estaba muerta.

Sentí que me ahogaba.

Pensé mil cosas dispares, entre ellas en mi mala suerte.

Por una vez que tenía una chica dispuesta a...

Pero eso era cruel.

Sentí vergüenza de mí mismo.

Y allí, parado como un estúpido en el umbral, lo contemplé todo como el que contempla una pesadilla, como el que ve algo que no le afecta.

El sonido del teléfono pareció atravesar las brumas de mi cerebro.

Cerré la puerta maquinalmente, atravesé la habitación, procurando no tocar el cadáver, y descolgué.

Era la voz del teniente Laguna.

—Oiga, Silver —masculló.

—¿Qué...?

—Tiene voz de muerto. ¿Qué ocurre?

—Nada... Es usted el que me ha llamado. Diga lo que sea.

—Una noticia sorprendente, casi increíble, y que no sé si le va a gustar.

Pero quiero que la sepa.

—Escupa lo que sea.

—Saxon se ha fugado.

—¿Quééééé

Sentí como si el suelo se abriera a mis pies. Estuve a punto de caer. El auricular resbaló de entre mis dedos y lo hube de sujetar al vuelo. Miré el cadáver de un modo distinto, como el que mira una alucinación que desgraciadamente ya empieza a entender.

—Saxon —dije con voz débil al cabo de un tiempo que me pareció interminable— estaba moribundo.

—Ya le dije que se había recuperado.

—Pero no como para poder andar...

—Eso es lo sorprendente. Nos ha dejado de piedra a todos. Claro que

hay una explicación: encontró el modo de ingerir una buena cantidad de drogas, y ellas le han dado fuerzas para mantenerse en pie un día o dos. Luego se derrumbará del todo. Caerá como un poste.

—¿Y la ropa? ¿Cómo la ha conseguido?

—La ropa estaba en su habitación. Era la misma que llevaba cuando trataron de asesinarle, pero convenientemente repasada. No tuvo más que ponérsela.

—Usted me dijo que estaba siendo vigilado día y noche...

—Claro que sí... Pero con una persona que uno piensa que no va a moverse, hay descuidos. Acepte mi responsabilidad. Reconozco que no le vigilábamos a él, sino a las personas que podían llegar hasta su lecho. En un momento propicio, golpeó con una botella la cabeza del policía que estaba en la habitación. Lo demás no le resultó difícil.

Sentí frío en los huesos. Sentí un frío que no había sentido nunca: en la garganta y en la lengua.

Laguna insistió:

—Oiga, Silver... ¿Está ahí?

—Sí... Desde luego que estoy.

—Ese hombre es un loco. Su cerebro ya no es el mismo que tenía... digamos *en la otra vida*. Se ha convertido en un perro rabioso. Tenga cuidado con él.

—¿Y por qué habría de tener cuidado... yo?

—Porque usted es una de las pocas personas a las que conoce aquí. Porque le puede considerar amigo o enemigo. Pero irá en su busca.

—¿Acaso sabe dónde vivo?

—Le he llamado a usted alguna vez desde su propia habitación. Es posible que recuerde el nombre del hotel. Me estremecí de nuevo.

El muerto... *aún podía estar allí*.

—Gracias, teniente —dije con voz metálica—. Gracias.

Y colgué.

No tenía ojos más que para la muerta.

Y para la ventana que estaba en una planta baja y cuyas cortinillas oscilaban levemente al viento.

Tenía que haber salido por allí.

Pero, ¿cómo un herido grave podía moverse así? Claro que las drogas producen efectos que a veces parecen milagrosos, hasta que terminan con uno. Pero también debía intervenir en aquello la voluntad de Saxon. *Una voluntad diabólica de hacer algo*. La fe de un hombre puede más que todas las heridas, que todas las adversidades. Aunque sea, como en aquel caso, una fe negra, una fe que le impulsa a matar.

Pasé de nuevo junto al cadáver y salí al pasillo, llegando al vestíbulo.

Me movía como un sonámbulo.

El conserje me miró con ojos como platos.

—¿Qué pasa? ¿Ha dejado a la chica sola?

Y me miró con una especie de desprecio. Sólo le faltaba llamarme idiota.

—Usted ha visto pasar a la muchacha, ¿no? —pregunté.

—Desde luego. ¿Quién no vería una cosa así?

—¿Ha pasado alguien detrás de ella?

—No, nadie. En todo caso antes.

—¿Era un hombre así y así...?

Describí casi exactamente a Saxon.

—Sí, era como usted dice —murmuró el conserje, cada vez más inquieto

—. Me preguntó si usted vivía en el hotel. Le indiqué la habitación.

Crispé los dedos sobre la tarima, mientras chirriaban mis dientes.

—¿Y por qué no me lo dijo? ¡Por todos los infiernos! ¿Por qué no me lo dijo?

El tipo se engalló.

—¿Es que era tan importante? ¡Diga! ¿Era tan importante? ¡Y además claro que se lo hubiese dicho si lo hubiera recordado! ¡Pero no lo recordé! Al ver pasar a la chica luego, se me borraron todos los pensamientos. Fue como pasar un paño húmedo por un cristal. Así... sfluum... Se me borraron todos los pensamientos.

Dejé caer desalentado los brazos a lo largo del cuerpo.

No insistí más. Aquel hombre tenía razón. Era un descuido. Después de todo, aun diciéndomelo, ya no hubiera evitado nada. Y también a mí, al ver a Irina, se me habían borrado todos los demás pensamientos.

Sólo me quedaba preguntarme cómo Saxon había podido entrar en mi habitación sin tener la llave. Pero esa dificultad, para un antiguo jefe del servicio secreto, era sencillamente ridícula.

Claro que me quedaba por contestar aún otra pregunta, y ésta mucho más importante: *¿por qué mataba?*

Pero eso no podía contestármelo yo.

Ni quizá nadie.

Descolgué lentamente el teléfono para llamar al teniente Laguna desde allí mismo.

Cuando me contestó y le dije lo que pasaba, sus voces se transformaron en lamentos.

CAPITULO XIII

Yo estaba en libertad.

Mejor dicho, no lo sé. ¿Era libertad aquello? ¿Era vida esa pesadilla sin nombre en que me hallaba hundido del todo?

Cuando salí del despacho del teniente Laguna, las rodillas me fallaban. No era miedo.

Era un conjunto de cosas, todas ellas sin sentido. Era como si yo me sintiese culpable de algo. Como si no deseara vivir.

Miré las estrellas y luego mi reloj. Eran ya las doce de la noche. ¿Qué hora era cuando mataron a Irina? Aproximadamente las once. Había pasado una hora sin darme cuenta. Interrogatorios, maldiciones, dudas... Pero yo estaba en libertad.

Anduve unos pasos, respirando el aire fresco de la noche.

De todos modos, cuando uno ha visto tanta muerte a su alrededor, es agradable estar vivo. El solo hecho de la vida ya le llena a uno de una sensación de plenitud antes desconocida.

En las guerras debe ocurrir así. Y deben sentirse momentos de felicidad que en la paz no comprendemos.

Una mano se posó en mi hombro.

Me volví.

Era Laguna.

—Silver —musitó—, ese hombre es un monstruo. Se lo repito una vez más. Viene a por usted.

—¿Para matarme?

—No lo sé. Es de suponer que sí.

—¿Y qué sugiere que haga?

—Vamos a vigilarle, Silver.

—De acuerdo, pero con una condición. Si llegan a ver a Saxon, no hagan nada contra él. No le maten. No tiene la culpa de lo que ocurrió ni de haberse vuelto loco.

—De acuerdo. Lo haremos..., siempre que sea humanamente posible.

La promesa no me satisfizo demasiado, pero me callé.

Laguna musitó:

—Es curioso. Usted está en Omaha por culpa de un cadáver, ¿no?

—Sí. Por culpa del cadáver de un tal Skelton, al que asesinaron en Nueva Orleans.

—El cadáver ya se lo han llevado. En cambio, usted se queda.

—¿Dónde se han llevado a Skelton?

—Es curioso. ¿Sabía usted que Skelton era alemán?

—No, ni idea. Y la noticia me sorprende. Creí que toda la vida había actuado en los bajos fondos de Nueva Orleans.

—Prácticamente así fue. Tenía la ciudadanía norteamericana. Tan americano era en cierto modo, que nadie hablaba de su lugar de procedencia. Pero él había nacido en Dresde, en la que ahora es Alemania oriental. Y cosa curiosa: lo tenía ya todo arreglado para que, cuando muriese, llevaran su cuerpo allí. Incluso contaba con el permiso de las autoridades germano orientales. En fin, debidamente embalsamado y en un ataúd especial, ya ha salido hacia la vieja Europa. En estos momentos debe estar volando.

La noticia me sorprendió, pero en el fondo me importaba poco. Un minuto después ya me había olvidado de Skelton.

Y es que yo no podía imaginar entonces —ni remotamente— la importancia que aquel detalle tenía.

* * *

Laguna me dijo, cuando ya iba a alejarme:

—Oiga, Silver.

—Diga, teniente.

—¿Dónde va a dormir?

—No lo sé. Naturalmente no pienso volver a aquella habitación del hotel. Ni quiero ni puedo. Estará todo patas arriba.

—Tiene toda la razón. Pero queremos ayudarle y causarle las menores molestias posibles. Le sugiero un sitio seguro.

—¿Cuál?

—¿Ve ese coche?

Me señalaba un «Pontiac» viejo y negro con pinta de automóvil de alquiler. Había al volante un agente que también era viejo y negro. Me miraba parpadeando.

—No sé si lo recordará, pero en ese coche le trajimos desde el hotel hasta aquí. Pertenece a la brigada, aunque no lleve distintivos. El agente le conducirá a Lafayette House.

—¿Qué es Lafayette House?

—Un sitio donde usted estará absolutamente seguro. Se trata de una vieja casa que dentro de poco será escuela de policía. La estamos arreglando, y hay vigilancia permanente allí. Nadie podría acercarse sin ser visto. Por otra parte, se encuentra sobre una especie de despeñadero y el camino es muy empinado. Un herido como Saxon, suponiendo que pudiera andar más o menos bien por un terreno liso, jamás llegaría a subir aquello. Estará tranquilo, Silver. Mañana iré a verle.

Le agradecí su interés con una frase ininteligible.

Bueno, al fin y al cabo cualquier sitio valía para terminar de pasar aquella maldita noche. Y si era un sitio donde pudiera dormir seguro, mejor que mejor.

El agente me condujo en el viejo mamotreto hasta las afueras de Omaha. Dejamos atrás unos inmensos maizales, silenciosos y quietos bajo las estrellas, y nos empinamos por un camino aún en reparación, un camino de cabras. Imposible para un herido subir por allí. El potente coche tenía que marchar en primera, y aún a veces vacilaba.

Poco después me encontraba —aún vestido y con los zapatos puestos— en una cama de las que en el futuro servirían para los alumnos de la escuela de policía local. Estaba rodeado de escaleras, de andamios, de paredes a medio derruir, de cachivaches, en fin, que tratarían de convertir aquella vieja casa del siglo xviii en una escuela acogedora y moderna.

Pero de momento aún daba una cierta, una inexplicable y muda sensación de horror.

Una sensación que me encogía el alma.

CAPITULO XIV

Desde la ventana que tenía junto a mí, veía a lo lejos unas linternas que se encendían y se apagaban a intervalos, igual que si hicieran señales. No me costó comprender que estaba materialmente rodeado de policías. Yo era un testigo valioso, y Laguna no quería perderme. O simplemente trataba de evitar nuevos crímenes. No lo sé. El caso era que nunca me había sentido tan seguro como entonces. Los policías indicaban con sus linternas, a intervalos fijos, que todo marchaba bien. La sensación de tranquilidad que aquello daba no sabría explicarla; era una sensación íntima, reconfortante.

Pero no podía acabar de dormir.

Tenía la cabeza atrozmente espesa.

Decidí entonces que quizá me sentaría bien un poco de agua fría en la nuca. El lavabo estaba a poca distancia, al otro lado del pasillo. Me levanté y lo crucé.

O mejor dicho intenté cruzarlo.

Digo que «intenté» porque de pronto mis miembros quedaron paralizados.

Unas frías gotas de sudor saltaron a mi rostro. No creo que fuera miedo. No sé: era una rara sensación de incredulidad y de angustia. Era como encontrarse de pronto en el Más Allá. Porque lo que veían mis ojos... ¡no podía creerlo!

El estaba allí.

Estaba al fondo del pasillo, mirándome.

La luz irreal de la ventana, recogiendo el reflejo de la luna, daba a sus facciones una palidez cerúlea.

Sus manos se tendieron hacia mí.

Y entonces yo sentía en la espalda el frío de la muerte.

Saxon se acercaba.

¡Venía hacia mí!

Yo era más joven y más fuerte. Yo podía derribarle de un puñetazo, si es que nos poníamos a mirar las cosas con lógica. Pero algo me inmovilizaba, algo que no sabía explicarme. Ahora, a un tiempo de aquello, he tratado de analizarlo: era la sensación de lo irreal. Era la sensación de encontrarme ante un ser de ultratumba contra el que nada podía. Pero entonces no pensaba. Entonces estaba clavado en el suelo, con los miembros agarrotados, las facciones sudorosas y la boca entreabierta.

—Silver...

Su voz no era una voz. Era como un raro sonido traído por el viento. Era algo inhumano. Yo hubiera dicho que flotaba dentro de mi cráneo. Y él seguía..., él seguía acercándose a mí...

El horror me mantenía clavado en el suelo.

No podía moverme.

Era como si me retuviera clavado a las baldosas una fuerza superior a mí mismo.

—Silver...

Sabía que iba a matarme. Iba a matarme como a ellas. Iba a apuñalarme... ¡y yo no podría impedirlo! ¡Yo estaba como hipnotizado! ¡Yo no llegaba a mover un dedo! ¡No podía!

Su derecha casi me rozó.

Pensé confusamente: «Ahora..., ahora...»

Y era, extrañamente, como si aquello se refiriese a otra persona. Como si no tuviera nada que ver conmigo.

Pero, en lugar de atacarme, me señaló su herida. ¡Me señalaba su herida! ¿Por qué, Dios santo? ¿Por qué?

—Silver...

Y en aquel momento ya no dijo más. En aquel momento todo pareció terminar para los dos. No sabría explicarlo. Fue como si a mí también me hubiera alcanzado aquel balazo que le voló la cabeza...

Era un policía joven el que había disparado. Un policía inexperto que quizá se había puesto demasiado nervioso. Entonces me di cuenta de que también había vigilancia dentro de la casa.

Corrió hacia el cadáver y lo miró.

—Hemos mirado por casualidad el portaequipajes del coche... —dijo confusamente—. Y hemos visto manchas de sangre. Entonces nos hemos dado cuenta de que..., ¡de que había viajado con nosotros! ¡Estaba oculto allí! Por eso he corrido a toda velocidad, para advertirle a usted. Menos mal que he llegado a tiempo.

—Sí —dijo confusamente—. Ha llegado a tiempo.

Una sorda angustia me dominaba.

—No se mueva. Llamaré al teniente Laguna.

Claro que no me moví de allí. Seguía como hipnotizado. Miraba el cadáver con ojos desencajados. Ni siquiera me di cuenta de que aquello se llenaba de policías.

El joven, el que había hecho el disparo, me suplicó:

—Debe venir. Necesito que declare ante el teniente Laguna. Usted es mi testigo. Usted debe decir que he disparado por necesidad...

¿Por necesidad? Yo podía tal vez decir lo contrario: podía decir que había sido por miedo y por nerviosismo. ¿Pero para qué complicar las cosas más? De todos modos Saxon ya estaba muerto, y tal vez aquel fin había sido para él un alivio.

—Le acompañaré —dije.

Y así fue como me encontré otra vez ante el teniente Laguna. El oficial tenía las facciones desencajadas. Sabía que, muerto Saxon, nunca aclararía los puntos oscuros de aquel enigma. Pero se limitó a tomarme declaración, pensando sólo en justificar la actuación del agenté.

Yo traté también de justificarle. Seguía pensando lo mismo. Al fin y al cabo, ¿para qué complicarlo más?

No sé por qué le pregunté, al final de todo:

—¿Qué han hecho con el cadáver de Saxon?

—Esa muerte le ha afectado mucho, ¿verdad?

—Sí. Bastante.

—No piense en ello. En fin, ¿es que quiere ver el cadáver?

—Me gustaría al menos despedirme de él. ¿Adonde lo han llevado?

—Al hospital Armstrong.

—¿Y por qué allí?

—El doctor Marcus ha tenido interés. Marcus es jefe forense en Omaha, aunque raramente se interesa por los asuntos judiciales. Todo lo llevan sus ayudantes. Ahora, sin embargo, ha querido intervenir él.

Hice un gesto de asentimiento.

—Iré a verlo —dije—. Supongo que no le importará.

—¿Por qué había de importarme? Vaya, Silver. Quizá en el fondo eso le hará bien.

Salí del edificio policial. Las sienes me zumbaban. Y con las manos en los bolsillos fui a pie, tratando de serenarme, al hospital Armstrong.

Todo funcionaba normalmente, como si fuera pleno día. Era lógico, tratándose de un hospital. Pregunté dónde estaba la sala de autopsias.

—Segundo piso, habitación del fondo.

Un fornido enfermero me acompañó. Atravesamos varios pasillos silenciosos. Las puertas esmaltadas brillaban quedamente, y sé que ese brillo no lo olvidaré nunca. Llegué ante una puerta de cristales esmerilados.

La empujé.

Y en el momento de empujarla... *lo supe*.

Fue como una extraña, una alucinante revelación.

Pero necesitaba verlo también. Necesitaba verlo, y *lo vi*.

Vi a Marcus inclinado sobre la herida de Saxon. Sobre la que le habían causado en la base secreta y que Elena Simpson operó. Sus dedos acababan de extraer una bolita blanca. Una bolita del tamaño de tres garbanzos, y que sin duda estaba hecha de plástico incorruptible.

Lo comprendí todo entonces.

Era una asociación de ideas. Bastaba ver aquello para que los demás pensamientos surgiesen. Era igual que ver la historia en una pantalla de televisión. Como si se desarrollara ante mis ojos.

Y aquella historia, en realidad, era sencilla.

Las fórmulas de la base donde mandaba el general Power valían... Bueno. ¿Cuánto? Yo no podía ni calcularlo. Nada, ni de lejos. Pobre de mí, que ganaba sólo unos cuantos dólares por una novela... Pero su valor resultaba inmenso.

Lo malo era que nadie podía sacar una fórmula de allí. Todo estaba previsto. Era imposible.

A menos que...

A menos que se hiciera lo que efectivamente se hizo.

Primero: situar allí a un hombre que quería matar a Saxon, al hijo de una antigua víctima suya.

Segundo: dar facilidades para el crimen.

Tercero: hacer que a Saxon le operaran de urgencia, y allí mismo, Elena Simpson.

Cuarto: Elena Simpson tenía las fórmulas ya filmadas y en el interior de aquella bolita.

Quinto: la introducía bajo la piel de Saxon y cosía. Nadie pudo darse cuenta de aquello.

Sexto: Saxon salía del lugar. Nadie descubriría la bolita. Si moría, Marcus le haría la autopsia y se quedaría con la bolita. Si estaba herido, caería en manos de Marcus igualmente, que podría hacer la misma operación.

Séptimo: Pero ocurría lo inesperado. Wallace, un médico enemigo de Marcus, estaba en el hospital. Marcus había hecho aquello porque quería ser inmensamente rico, aplastarlos a todos. Porque quería ser mucho más que Wallace y los hombres que en cierto modo habían truncado su carrera. Pero Wallace estaba vivo y de momento se encontraba allí. Wallace mandaba. Y Marcus se veía imposibilitado para realizar la sencilla operación. Incluso existía el peligro de que el otro lo descubriese...

¿Qué se hace entonces? Entonces se recurre a una enfermera cómplice. No importa que acabe de matar a Saxon. Le abrirá, le sacará la bolita y en paz. Pero Saxon no es tonto. Saxon, que llevaba toda su vida en el servicio secreto, ha recobrado el conocimiento mientras tanto y ha pensado. Se da cuenta de lo que va a suceder y, con la única arma de que dispone, mata a la enfermera. Luego trata de decírmelo a mí, porque soy la única persona en la que puede confiar. Pero no puede; pierde el conocimiento otra vez.

Al recobrarlo, se da cuenta de que está en una encerrona. No puede confiar en nadie, ni siquiera en el policía que guarda la puerta, y que quizá es un policía falso. En consecuencia reúne una energía sobrehumana, se prepara con sus últimas fuerzas para hacer el postrer servicio a su país y huye. ¿Pero adonde va? El sigue confiando en mí. Yo puedo ayudarle con seguridad, sin tapujos. Llega a mi habitación y ve a una mujer. Su cerebro torturado le hace ver en ella a un nuevo enemigo. Piensa que debe ser amiga de la otra enfermera. Y en efecto no se equivoca, aunque en este caso es una amiga inocente. La mata y entonces huye aterrorizado. No sabe adonde ir. Se oculta en el portaequipajes del coche y luego trata de ponerse en contacto conmigo...

Otros pensamientos terribles acudieron a mi cerebro mientras veía desfilar ante mis ojos esa película sórdida.

¿Por qué me llevó Elena Simpson a su apartamento y permitió que la besara junto a una ventana? Para que me matara alguien que tenía una excepcional puntería, ya que yo empezaba a ser un estorbo. ¿Y quién tenía esa excepcional puntería, si no Bettina Nobel?

Vi que Marcus me miraba con ojos desencajados.

—¿Qué quiere? —masculló—. ¿Qué quiere, maldito?

Yo no me moví. Estaba petrificado. Sólo mi cerebro funcionaba; mis músculos no. Y vino hasta mí un último pensamiento. ¿Cómo sacar la bolita del país, sin peligro, y llevarla a Alemania Oriental, donde sin duda estaba el comprador de las fórmulas? Pues sencillamente, en el cadáver de Skelton. Skelton quizá era el único que nada tenía que ver con eso, pero su cuerpo servía porque era el único del país, seguramente, que podía ser

llevado sin problemas a Dresde, en la vieja Europa. Y por eso. Y por eso Norma Lane lo mató. Y por eso Norma Lane tuvo interés en que se descubriera el cadáver, aunque seguramente lo tenía ya todo preparado para que luego las pruebas no la acusaran a ella...

¡Tres mujeres! ¡Tres mujeres maravillosas con las cuales me había encontrado! Y las tres eran... ¡unas asesinas!

Marcus gritó:

—¡Sujétale, Flanagan!

Flanagan, el forzudo enfermero, no me había acompañado hasta allí por casualidad. También él estaba en el ajo, en el maldito ajo. Se lanzó hacia mí y me sujetó por el cuello.

Traté de defenderme. Y no me salió mal, después de todo. La desesperación me ayudó. Comprendí que allí no sería perdonado, que iba a morir. Me pareció ver mi cadáver sobre la mesa, mientras Marcus reía, reía... Fue eso lo que me hizo ser más ágil de lo que realmente soy. Logré enviar a Flanagan por encima de mi cabeza.

Flanagan salió despedido. Chocó contra la mesa, mientras Marcus lanzaba un alarido.

—¡Idiota!

Marcus no llevaba armas, pero tampoco iba a necesitarlas. Yo estaba listo. Me di cuenta de que lo estaba cuando la puerta del fondo de la sala se abrió y en ella apareció Bettina Nobel.

Bettina Nobel con un revólver.

Bettina Nobel que no fallaba nunca.

Bettina Nobel que había matado a su propia ama de llaves porque sabía demasiado, aunque procurando cargar la muerte a un desconocido... La chica que había engatusado a Skelton para que éste estuviera siempre listo, sin saberlo, a *prestar su cadáver*...

No tenía salvación. Me acertaría en mitad de la frente.

Cerré los ojos, sintiendo ya el frío de la muerte, y en ese momento sonó una detonación. Con los ojos desencajados, pues los abrí de repente, vi caer a Bettina Nobel con el corazón atravesado. Marcus intentó recoger su revólver. También él fue alcanzado. Yo me volví. Estaba anonadado, estupefacto. Y entonces la vi. Lo vi todo negro. Bueno, quiero decir que la vi toda negra. Su rostro era el que había conocido en Nueva Orleans. Su vestido, sin embargo, era oscuro. Ya no llevaba aquella especie de malla de color amarillo limón que tanto hacía destacar sus formas. Pero lo que yo vi mejor fue su «Germán Luger», aquella «German Luger» que ya había escupido por dos veces la muerte.

Ella masculló:

—Ven.

Me acababa de salvar la vida, pero llevaba la mortífera pistola en la mano. Yo había salido de la sartén para caer en las brasas. Aquello era un

ajuste de cuentas. Norma Lane, pieza fundamental en aquel diabólico plan, lo quería todo para ella.

—Coge la bolita —me ordenó.

La cogí con asco. No tenía más remedio. Además, tampoco estaba dispuesto a dejarla allí.

—Dámela.

Se la entregué.

—Y ahora sígueme. ¡Sígueme, de prisa!

Lo hice no porque no tuviera otro remedio (lo cual ya era razón suficiente), sino porque además aquella mujer me obsesionaba. Me tenía como hipnotizado. Y además yo quería conocer el final de aquello...

Me indicaba con gesto perentorio una puerta. Todo el hospital se estaba conmocionando. Se oían maldiciones, gritos... Resultó que aquella puerta daba a unas escaleras de servicio que Norma Lane debía tener ya muy bien estudiadas. Descendimos al galope por ellas, yo delante y ella detrás, con el «argumento» de su «Luger»...

Un automóvil nos esperaba fuera. Ella me hizo ponerme al volante.

—Conduce.

—¿Hacia dónde?

—Yo te lo indicaré

Rodé a buena velocidad hacia la salida de Omaha y luego por la llanura. Allí apreté gas a fondo. Creo que nunca había corrido tanto. En un tiempo increíblemente breve llegamos a una pequeña casa con porches, al viejo estilo español. El mundo entero parecía haber quedado atrás. Yo vivía como en un sueño.

La casa estaba solitaria. Naturalmente, pensé yo, es un sitio perfecto para un crimen. Y sin embargo reconozco que el ambiente resultaba acogedor. Buenos divanes, buenas alfombras, magníficos muebles de calidad, y hasta música. Porque no faltaba ni el equipo de alta fidelidad funcionando continuamente.

Ella musitó:

—Siéntate.

Lo hice. Resultaba agradable verla, después de todo. Resultaba hermoso verla así, tan sugestiva, tan tentadora, pese a saber que delante de ella uno iba a morir...

Norma Lane también se sentó. Y cruzó las piernas.

¡Qué hermosas las tenía! ¡Qué sugestivas resultaban en su piel de mulata las medias color plata! ¡Qué salvaje energía emanaba de ella! A pesar de todo..., ¡qué hermosa era!

Musitó:

—Tenía alquilada esta casa hace tiempo. Nadie lo sabía.

—Lo imaginaba. Tú estabas segura de que la aventura terminaría en Omaha, ¿verdad?

—Desde luego. Estaba segura.

—Es curioso —dije—. Tantas mujeres hermosas y a ninguna le he tocado ni la mano. Todas quieren matarme.

—Puede que yo quiera otra cosa —dijo sugestivamente.

—¿Quééééé...?

—Te he dado muy malos ratos. ¿No puedo darte uno bueno?

—¿Qué..., qué dices?

Guardó su «Luger».

—No hagas preguntas —murmuró—. Ninguna pregunta, ¿comprendes? Si quieres quedarte aquí, yo me quedaré contigo. Pienso ser generosa. Sé que te gusto, que te gusto con locura. Lo sé desde el primer día que nos vimos. Pero no me hagas preguntas. No quieras saber quién soy, no quieras saber nada...

Parpadeé, mientras me temblaban las manos.

Era la oferta más generosa que me habían hecho en la vida. La oferta más tentadora también. Pero sonreí amargamente.

—Creo que ya lo entiendo —dije—. Una muerte más te estorba, ¿verdad? Ya serían demasiadas... En cambio así me conviertes en tu cómplice. No sólo al huir contigo me he convertido en sospechoso, sino que con tu belleza compras mi silencio.

Ella no dijo nada. Me miraba con ojos turbios, como si pensara: «¡Pobre idiota!»

Yo me sentía generoso, absurdamente generoso.

Y desengañado.

¿En qué mujer podía creer?

—No te denunciaré nunca porque al fin y al cabo te debo la vida —dije—. No temas, no hablaré. Pero déjame sólo. Déjame en paz. Si has decidido no matarme, deja al menos que viva tranquilo...

Ella sonrió tristemente.

—¿No crees en las mujeres, verdad?

—Después de lo que ha pasado, ya no.

—¿Y si yo te dijera que no soy lo que crees? ¿Que no maté a Skelton? ¿Que lo hizo un miembro de esa banda cuando estaba en mi habitación? ¿Y que yo trate de que fuera descubierto para seguir hasta el fin esa diabólica intriga?

—Tonterías. Cuéntale eso a un niño, preciosa. Ni siquiera sé cómo te han dejado en libertad. O tal vez te has fugado... En fin, no es asunto mío. Vete al infierno.

Ella musitó poniéndose en pie:

—Tú te lo pierdes. Nunca habrás encontrado una mujer tan sincera como yo. Adiós, pobre desconfiado. Adiós, pobre idiota...

Y pasó junto a mí antes de llegar a la puerta.

Yo capté su perfume de animal salvaje, su vitalidad, su fuerza de

hembra en celo...

Pero me aguanté, me estuve quieto. Ya no quería hacer el ridículo ni creer en ninguna mujer más. Oí como en un sueño el chasquido de la puerta al cerrarse. El ruido del motor del automóvil... No podía creer aún que estuviera vivo. Cerré los ojos...

* * *

Fueron dos días después, al presentarme, barbudo y medio borracho, al teniente Laguna, que me había estado buscando por todas partes, cuando me enteré de la verdad por las primeras páginas de los periódicos.

LA DOCTORA ELENA SIMPSON DETENIDA

«Está mezclada en un oscuro asunto de espionaje. Es posible que sea condenada a reclusión perpetua.

»Todo lo descubrió una agente del servicio secreto, una hermosa mujer negra llamada Norma Lane.»

Quedé petrificado.

De modo que..., ¡de modo que ella me había dicho la verdad!

¡De modo que yo pude haber confiado en aquella fantástica mujer!

Y ahora..., ¡ahora la había perdido!

¡La había perdido para siempre!

¡Aunque volviese a Nueva Orleáns, aunque tratara de buscarla allí, me daría con la puerta en las narices!

¡Imbécil de mí, mil veces imbécil!

El teniente Laguna me preguntó, mientras me tendía una botella de whisky para animarme:

—¿Pero qué diablos le pasa?

* * *

¿Comprenden ahora, amigos, por qué quiero olvidar aquello?

¿Por qué no quiero volver a Nueva Orleáns?

Ella me dará con la puerta en las narices.

Pero..., pero... ¿y si no lo hiciera?

No quiero volver a Nueva Orleáns.

No debo volver.

¿O tal vez sí?

¿Y si volviera?

¿Y si me atreviese?

¡Diablos, diablos!

¿Y si volviese?

¿Y si volv...?

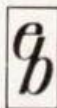
F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España